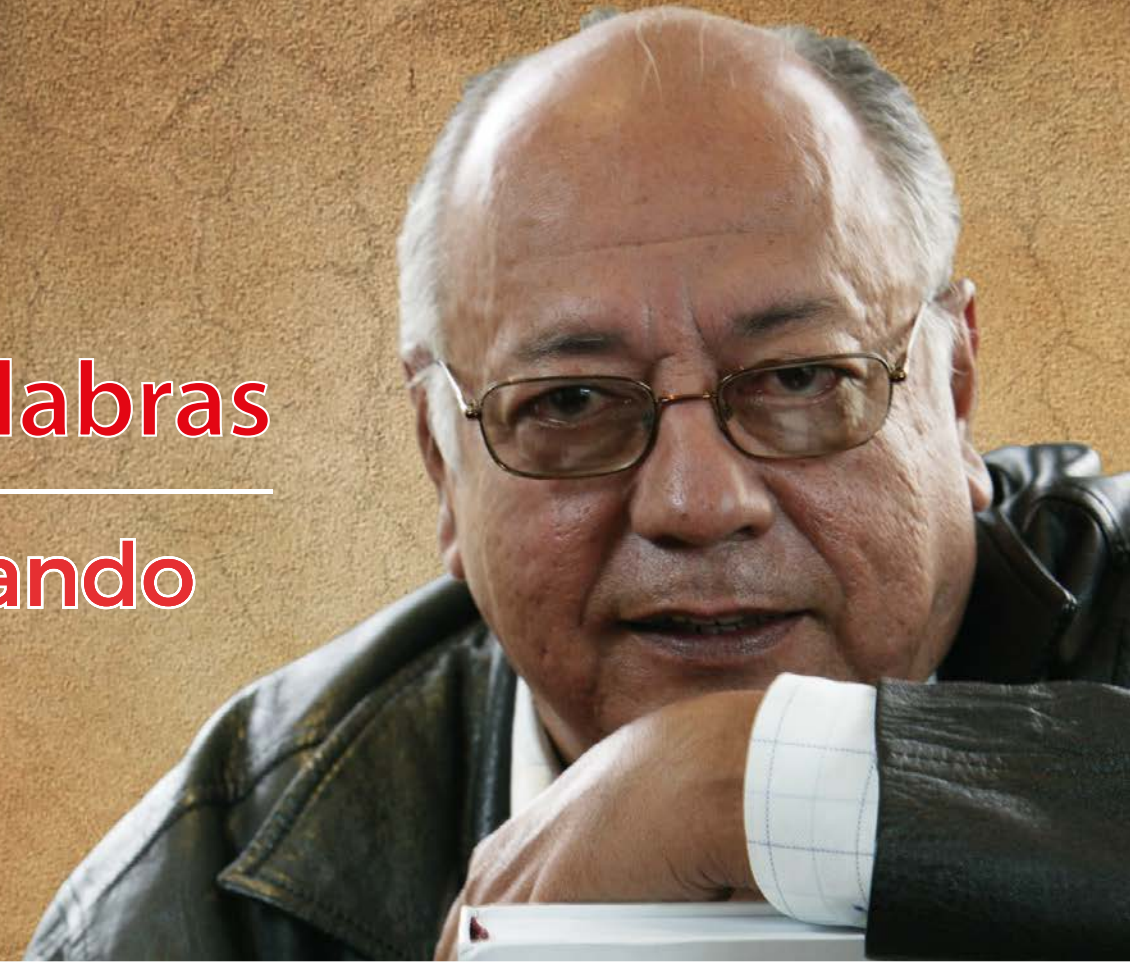


Vidadepalabras

Carlos Orlando
Pardo



Universidad
del Tolima

¡Construimos la universidad que soñamos!



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD



FACULTAD DE CIENCIAS
HUMANAS Y ARTES



Manual de Historia
del Tolima

Revista Vidadepalabras | Ibagué, Colombia | Nº 8 | P.P. 1-144 | AÑO 2022 | ISSN: 2590-7603



Vidadepalabras

CARLOS ORLANDO

Pardo

© Sello Editorial Universidad del Tolima, 2022

© Fundación Abrapalabra

VidadePalabras N° 8: 400 ejemplares

ISSN: 2590-7603

Número de páginas: 144

Universidad del Tolima

© Fundación Abrapalabra

Ibagué-Tolima

VidadePalabras – Carlos Orlando Pardo Rodríguez

Dirección general:

Rafael González Pardo

Melisa Puentes

Ricardo Cadavid

Dirección audiovisual:

Diego Avendaño

Comité editorial:

Carlos Pardo Viña

Ricardo Cadavid

María del Mar Bonilla

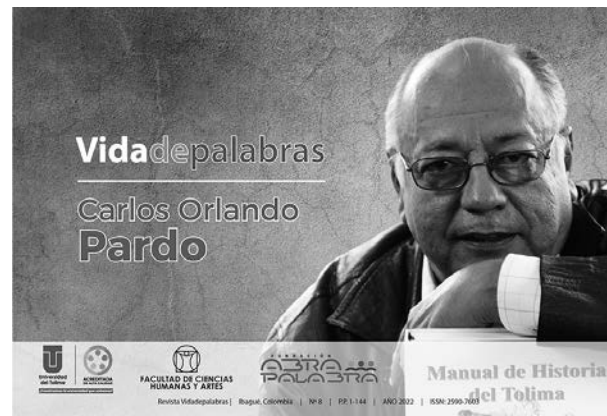
publicaciones@ut.edu.co

info@fundacionabrapalabra.co

Impresión, diseño y diagramación por León Gráficas S.A.S.

Portada: Foto de Carlos Orlando Pardo Rodríguez

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin permiso expreso del autor.



Contenido

Prólogo.....	7
<i>Melisa Puentes Díaz</i>	
El señor de las palabras	11
<i>Sonia Truque Vélez</i>	
Un viaje al paraíso	39
<i>María José Vera Rey</i>	
Galopando entre letras e historias	49
<i>Salomé Suárez Valderrama</i>	
Cuando el compositor hace la magia	55
<i>Juan Felipe Castro</i>	
Carlos Orlando Pardo, o la imperiosa necesidad de contar historias	61
<i>Ricardo Torres Correa</i>	
El lector de mundos	69
<i>Óscar Andrés Maldonado Bernal</i>	
Carlos Orlando Pardo, el promotor cultural	75
<i>Yéssica Cruz</i>	
Educar también es fabricar sueños	81
<i>Juan Felipe Vera Rey</i>	

Carlos Orlando Pardo: El docente, el héroe sin capa	91
<i>Heylenn Daiana Cardozo Torres</i>	
Un hombre de historias	97
<i>Peter Julián Montero</i>	
Pijao Editores	101
<i>Camilo Mabecha Lugo</i>	
El hombre que narró la tragedia de Armero	107
<i>Adriana Lucía Castillo Triana</i>	
Escritores al atardecer	113
<i>Ricardo Cadavid</i>	

Prólogo

Melisa Puentes Díaz*

Y un día regresamos a dar vida a las palabras, así como regresamos a las aulas de clase, a los sitios de trabajo, luego de meses que parecían no tener fin, de una pandemia que, aunque pareciera haber borrado dos años de nuestra existencia, se rehúsa a irse de nuestra memoria y de nuestra historia.

Pero como no hay mejor cura para los males de la vida que las palabras, volvimos al maravilloso proyecto “Vida de palabras”; aquella serie de libros que en más de 700 páginas y siete ediciones lograron mostrarnos y rescatar las ilustres vidas de quienes han amado la música, la poesía, el teatro, la televisión, el humor...la cultura en su máxima expresión. Volvimos a darle vida a este entrañable proyecto que la comunidad educativa de la Universidad del Tolima,

el programa de Comunicación Social-Periodismo y Abrapalabra, valoramos tanto.

Para esta edición elegimos un personaje de la casa, del departamento del Tolima, más propiamente un hijo del municipio del Líbano, lugar que ha visto nacer a tantos prolíficos representantes de la cultura. Se trata del escritor Carlos Orlando Pardo, o como le gusta que le llamen, “un contador de historias”, quien en su excelsa carrera ha escrito más de 60 libros desde 1972 a la fecha.

Carlos Orlando ha logrado, además de consolidarse como escritor, incursionar como historiador, periodista, promotor cultural y junto a su familia, fundar y sostener la casa editorial ‘Pijao Editores’, la cual cumplió 50 años en septiembre del 2022. Estas diferentes facetas lo han llevado a convertirse en uno de

* Directora del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima.

los referentes más importantes de la literatura en Colombia, siendo el cuento, el ensayo, las enciclopedias y las biografías, parte de su palmarés en la escritura.

‘Pardito’, como le llaman cariñosamente sus familiares, es un hombre de tez morena, de contagiosa risa, de humor negro pero encantador, que aún guarda la foto que algún día logró tomarse con el mismísimo Gabriel García Márquez, que escribió historias de amor cuando nadie más lo veía importante, que ha logrado recopilar la historia del Tolima, el padre, el hermano, el tío y el abuelo que todos aprecian.

Sobre esta octava edición de Vida de palabras les podemos contar que para hacer cada uno de los textos que están en este libro, quisimos entrar en la vida del escritor, compartir con él la mayor cantidad de tiempo y conocer la historia que está detrás del ‘patriarca’ de los Pardo. Para ello, nos propusimos ir a su ciudad natal, a recorrer con él sus calles, a recordar las anécdotas de cómo se volvió el relator de las películas para sus amigos, de trasegar los lugares que le inspiraron sus primeros libros, donde vivió sus primeros amores

y donde vio crecer a su familia. Esta práctica pedagógica de unos días se convirtió en una experiencia inigualable para los estudiantes y docentes que hicieron parte de este trabajo, quienes pudieron llevarse consigo una reveladora mirada de la importancia de nuestro personaje.

Esperamos que a través de estas páginas puedan conocer más de este escritor tolimense, y que los locales y foráneos puedan reconocer a un extraordinario e incansable luchador de la cultura; anhelamos también que estas páginas logren hacerle el gran homenaje que merece, y que sus familiares, y el mismo Carlos Orlando, vean en este trabajo un reconocimiento a su trayectoria, la cual deseamos siga siendo exitosa y duradera.



El señor de las palabras

Sonia Truque Vélez*

Carlos Orlando Pardo, pertenece al grupo de Escritores de lo que se llamó pos boom, entre los que se encuentran Oscar Collazos, Luis Fayad, Benhur Sánchez Suárez, Roberto Burgos Cantor, Rafael Humberto Moreno Durán, Arturo Alape, Jorge Eliécer Pardo, José Martínez, Laura Restrepo, Marvel Moreno, Fabio Martínez, Luis Caballero, y que se propusieron superar el realismo mágico que culminó con la obra de Gabriel García Márquez en los sesenta, para entrar en los setenta a escribir sobre las ciudades colombianas, todavía incipientes pero, que empezaron a ser contadas por estos escritores. En la obra de Carlos Orlando se incluye el campo como tema, sobre todo en lo que tiene que ver con la violencia partidista que, en el Líbano, su lugar de nacimiento,

se constituyó en escenario de esta violencia y de los hechos de la colonización antioqueña con personajes que trata en su novela *El beso del francés* y en cuentos que parten de esa memoria que se caracteriza por la capacidad que tiene para contar historias.

Su escritura no es lineal ni solamente anecdótica, puesto que, en apariencia, las palabras le fluyen de una manera conversacional pero en el trasfondo, el discurso interior está colmado de reflexiones psicológicas, filosóficas y sociológicas que alejan esa escritura de la superficialidad, otorgándole hondura. Con *Las primeras palabras* inició su obra cuentística que no ha interrumpido hasta hoy y con *Lolita Golondrinas* se inició en la novela.

* Escritora. Ha publicado dos libros de cuentos “La otra ventana” y “Historias anómalas y antologías en poesía y en cuento para niños y jóvenes como “País de Versos. Antología de la Poesía infantil en Colombia”, Cuentos Policíacos, selección Cooperativa Editorial Magisterio. Con Panamericana Editorial trabajó en el apoyo documental para los Cuadernillos de Poesía y contribuyó con algunas selecciones y prólogos de los mismos. Con Editorial Esquilo publicó 5 análisis de ensayo sobre Freud, Erich Fromm y Erasmo de Rotterdam. Colabora con reseñas de libros en revistas colombianas como Número, Tinta Fresca, Puesto de Combate, entre otras.

Su larga trayectoria cuenta con 52 libros publicados entre novelas, cuentos, ensayos, antologías, biografías y artículos periodísticos que dan cuenta de una vida dedicada a la literatura. De su obra se han ocupado académicos nacionales y extranjeros que la han resaltado. A esto se suman los innumerables premios y distinciones y su reconocimiento internacional con invitaciones a congresos, conferencias, mesas redondas y exposiciones en España, Francia, Portugal, Suiza, Estados Unidos, México, Cuba, Ecuador y Perú.

En su biografía por Albeiro Arias y Ricardo Torres Correa, Vida y obra de Carlos Orlando Pardo, Premio Ibagué Capital Musical 2016, se da cuenta de la interesante vida de este incansable gestor, editor, y escritor. En sus páginas se puede seguir el paso a paso de su quehacer literario y dice: “Mi vida de escritor la he cumplido en Ibagué. Lugo de tres desplazamientos forzados desde El Líbano a Bogotá por razones de la violencia política de mitad del siglo pasado...” (o.p.cit p. 23). También ha ocupado importantes cargos culturales en el departamento del Tolima. Esta biografía es un excelente apoyo documental para el que quiera adentrarse en su vida y obra.

Los libros que comento a continuación son los incluidos en la colección *Maestros Contemporáneos* publicados por Editorial Pijao en 2014, en los que se incluyen comentarios de escritores y académicos y una novela reciente, *Benjamín se fue a la guerra*, publicada por Pijao y Pigmalión de España.

En la colección se incluyen cuatro novelas y un tomo de cuentos. Las novelas en su orden de publicación son *Lolita Golondrinas*, que tuvo su primera edición en 1985 hasta completar seis ediciones, siendo la última la de 2014; *Cartas sobre la mesa* y *La puerta abierta* tienen cuatro ediciones, siendo la primera en 1994 hasta la de la *Colección Maestros Contemporáneos*; *El beso del francés* con dos ediciones, la primera de 2013 en la Biblioteca Libanense de Cultura y la de 2014; *Verónica resucitada* tiene dos ediciones: la de Pijao editores de 2012 y la segunda de 2014; *Cuentos. Antología personal* tiene una edición, de 2014 en la *Colección Maestros Contemporáneos* de Pijao editores.

Lolita golondrinas: los sueños inútiles o las razones del rendimiento

En la literatura hay temas que entran y salen obedeciendo a una cuestión de modas y gustos; tal es, me parece, el tema del amor, que desde hace algunos años se muestra cansado, y dio paso a otras indagaciones, pese a que esta búsqueda de explicación del asunto amoroso nos lleve a la mención de títulos donde el tema adopta las más variadas investiduras, intentando la conciliación Thanatos-Eros, como *Madame Bovary*, *En busca del tiempo perdido*, *Bajo el volcán*, *La decisión de Sophie*, para citar algunas.

Roland Barthes dice que el discurso amoroso es hoy de una extrema soledad. De mi parte agregaría que se muestra cansado, fútil y estulto, y que existe el temor confesado o inconfesado de abordarlo. Por esta razón la novela de Carlos Orlando Pardo, que inicialmente se tituló *Los sueños inútiles*, para luego titularse *Lolita Golondrinas*, resulta oportuna en un momento como el actual, de abierta negación a cualquier noción de placer, donde el principio de rendimiento institucionalizado por la ideología del poder ha





puesto al hombre contemporáneo –como un ente disgregario- a mirar el mundo desde su más austera soledad.

Los personajes de Lolita Golondrinas no escapan a este designio. Cumplen el tránsito de cualquier relación que viola las convenciones sociales impuestas: Nace, crece, y muere.

Es inevitable la separación de los protagonistas Lolita Golondrinas y Feliciano Bustos Aroca. Lo es desde el momento mismo en que Feliciano es llamado por su familia a un cambio de vida –económico y social- y Lolita Golondrinas no lo espera. Aquí comienza el duelo de la separación, el inevitable triunfo de Thanatos sobre Eros, de la muerte sobre la vida.

Feliciano Bustos Aroca (como sujeto abandonado), dedicará su vida y fortuna a la búsqueda de (su objeto de amor) Lolita Golondrinas. Recorrerá el mundo, y le rendirá homenajes conmovedores en los países que visita, pagará detectives para que la encuentren y su huida hacia adelante será la entrada al poder por cualquier medio.

Se produce un cruce interesante cuando aparece Reynaldo Alfaro, que vive una relación similar con Rocío de las Nieves, y que apunta a demostrar que la situación de Feliciano Bustos y Lolita Golondrinas no es única. Los amantes deben separarse ante la negación social de una unión que participe del principio de placer.

En toda la novela se percibe la deliberada ironía del autor al decirnos en un lenguaje escueto y ágil, que del intento de unión dual sólo nos queda el recurso cotidiano de la memoria: escribir postales, palabras, frases, canciones, lugares y el convencimiento con, Igor Caruso, de que la pasión es el instante privilegiado.

Dos novelas de Carlos Orlando Pardo sobre la soledad de la mujer

Cartas sobre la mesa y *La puerta abierta*, dos novelas cortas de Carlos Orlando Pardo, publicadas en otras ediciones, y que para este comentario tomo la edición de 2014 de la colección Maestros Contem-

poráneos publicada por Pijao Editores, editorial que dirige junto a su hermano, el también escritor, Jorge Pardo.

Ambas novelas tienen como tema la soledad afectiva de la mujer. En ambas se percibe el silencio de sus contingencias amorosas, de su fracaso sentimental. Con estrategias narrativas distintas, los dos textos plantean una pregunta fundamental: ¿Cómo puede la mujer colombiana asumirse como individuo y como mujer en una sociedad patriarcal, clerical, cargada de estrechos valores, donde ser desobediente, es decir, transgredir las normas sociales imperantes, la pueden conducir al señalamiento, a la estigmatización y a ser relegada? Las dos transcurren en una ciudad intermedia de Colombia, en *Cartas sobre la mesa* se sabe que sucede en la Ciudad Musical, en Ibagué. Aunque no está mencionado el momento histórico, por datos que aporta la narración se puede ubicar a principios de la década de los 70s, cuando la situación de la mujer en el mundo había entrado de lleno a la apertura emancipadora: Ya había triunfado la Revolución Cubana, Woodstock había

CASA

DE LAS

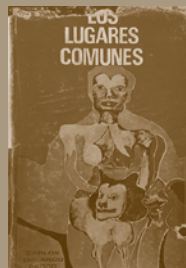
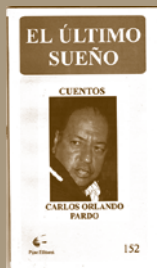
AMERICAS



transformado a la juventud y había sucedido Mayo del 68. En *Cartas sobre la mesa* se comparte el silencio que significaba escribir y recibir cartas, recurso que se llevó la irrupción de la internet que nos abocan al escueto E-mail. Es una larga carta en la que el autor juega con la estructura epistolar, que se amplía cuando la narradora se toma licencias como la de incluir diálogos; se rompe el monólogo que caracteriza las cartas. Las voces que intervienen en los diálogos resultan pertinentes y la destinataria, Gloria Susana, ha de ser la depositaria de su larga confidencia. Salir con un hombre mayor, hará de la vida de Catherine un constante preguntarse sobre lo prudente o imprudente de su relación. El hombre mayor es Hernando, un hombre casado, con un matrimonio estable y reconocido profesor universitario, que enamora a sus alumnas con su parla humanista y que ha dejado sumida en el dolor a Martha, su “amiga.” Hablaba sin que nadie lo parara, engarzando una historia con otra como en los cuentos de “Las mil y una noche” y repartía en una actitud de cínico sonrisas y piropos, recuerdos y aguardiente, (Pardo, p.38) En algún momento Catherine se pregunta: ¿Cuál es realmente

mi identidad? ¿Aquella trazada por los arquetipos de la tradición con las nociones impresionadas de conceptos que nos enseñaron a fuerza de repetirlos? (Pardo, p. 47). La desobediente dice: “Y soy feliz. Así sepa que cada vez que alguien me vea junto a su vida, hunda un poco más mi barca en el desprestigio y me vaya a pique, como tocando fondo, y como si no tuviera la más mínima voluntad para salir de aquel naufragio que gozosa he trazado sin poner ninguna voluntad contraria. (Pardo, p.47). Se involucra, aunque su frase reiterada: “Hombre casado ni frito ni asado (Pardo, p.33) no se cumple y por el contrario la larga misiva es un constante indagar sobre si vale la pena ese enamoramiento que la ha puesto a considerar su vida pública y privada. Finalmente, la misiva termina y el interrogante queda sin responder.

En *La puerta abierta*, vista desde un narrador omnisciente, Paula, la protagonista, es una solterona, que, a sus cincuenta y dos años, se quedó en la casa ocupada en los oficios domésticos, atendiendo a su hermano y a su sobrina María Victoria. Reproduce la antigua condición de la mujer que ha existido desde la



antigüedad clásica imperando la idea, también replicada en Colombia, de una identidad femenina asociada por naturaleza al hogar, la maternidad y al ámbito doméstico. Es una mujer que no tiene derecho a una voz propia dentro del ambiente opresivo que habita, su hermano es la figura patriarcal que continúa coartándole su posibilidad de libertad: “Sólo una tarde del último agosto experimentó la grata sensación de acordarse, por encima de sus trajes o su ropa interior, su maquillaje o su comportamiento cotidiano, que era una mujer. Su hermano la había mirado con un poco de lástima, con un poco de gratitud, tal vez, y en un acto poco usual, “no te sacó a ninguna parte porque corres peligro”, la invitó a oír cantar a un amigo.” (Pardo, p.105). Solo con su amiga Margarita encuentra solaz y ella es la que la anima a buscar un matrimonio que le de “seguridad” sobre todo después de su fracaso con Gonzalo, que resultó ser un aventurero metido en líos judiciales en el extranjero. Lo que se cuenta de Paula es una historia tristísima, mucho más triste de lo que ella misma expresa. Es una mujer enajenada del poder y de cualquier participación determinante en su historia, que ni siquiera se

reconoce como la víctima que es. Recuerda a Catalina, la heroína de *Arráncame la vida*, novela de la mexicana Ángeles Mastretta; “Pero nada fue gratis en su historia. Aprendió a ignorarse para probar que amaba a su familia, para saberse útil cada día, convirtiéndose en propios los proyectos del futuro inmediato y lejano de su gente, pero olvidada de su propio porvenir.” (Pardo, p.93). Pasarían décadas antes de que la mujer fuera sacada del viejo concepto de que las mujeres son solo emociones, son pasionales y con un instinto innato de cuidar a la familia.

La posibilidad de encontrar un esposo, se lo ofrece Margarita a través de una agencia de matrimonios y se inscribe y le empiezan a llegar cartas de proponentes, que va desechando por distintas razones. La figura patriarcal de su hermano, que la limita al punto de que Paula hace la transferencia de la opresión a desatar un erotismo que en su intimidad la libera: “Aquella sensación de querer ser tocada y de tocarle hacía percibir dilatación en los senos y en el cuello, un ansia de ser friccionada con ternura y una exquisita tensión que llegaba a dolerle, que alcanza-

ba al cosquilleo delicioso de una excitación inicial conduciéndola radiante a un despertar gradual que sólo colmaba con la plenitud de humedad, olor a bienestar próximo y un deseo creciente de estar cerca, rompiéndose el encantamiento cuando casi en la cumbre soñada, las palabras de los demás la regresaban al lugar real de los aplazamientos...” (Pardo, p109) “El tiempo inmóvil –las horas no importaban-, el cuerpo alerta, la espera flotando, el descubrimiento de una parte de ser que habitualmente no advertía sin culminar, sin saborear la gracia por el tacto, sin poder dar rienda suelta a su impulso fuerte, al anhelo vehemente, al éxtasis casi insoportable”. (Pardo, p 109) El erotismo, según George Bataille, es antes que todo un ejercicio o intento de comunicación”. “Hay gentes para las cuales no fue hecho el amor, le decía su hermano. Y no es que haga falta, concluía, nos tienes a nosotros.” (Pardo, p.123) así mismo se sentía defraudada por el trato que le daba su sobrina, se evade en el reconocimiento de su cuerpo y el ansia de verse colmada cuando decide irse con el hombre que la convence: “Estaban en el cielo, realmente, distanciados del pánico a la edad por la que ninguno

se rechazaría, emocionados de empezar a descubrirse cada vez para evitar la rutina, reencauchando los encantos, estimulándose, dejando las prácticas gratificantes de la intimidad como una golosina pero no acelerada. Todo esto tenían como meta. Una historia común los esperaba. Y con la puerta abierta.” (Pardo, p.143-144).

El beso del francés: Tres vidas cruzadas

Esta novela de Carlos Orlando Pardo es un recorrido histórico que tiene como ejes temáticos vidas que se cruzan en el devenir de la construcción del país, en un tiempo marcado por las sucesivas guerras civiles de finales del siglo XIX. Se menciona al francés Desiré Angee quien fuera uno de los arquitectos del Capitolio Nacional y el que, huyendo del final de Napoleón Bonaparte, lleva una obsesión por encontrar una mujer parecida a la Gioconda. Al arribar al país termina por encontrarse con un país revuelto por las pugnas entre liberales y conservadores. Está la presencia de Isidro Parra, fundador del municipio de El Líbano-Tolima y figura preclara de la coloniza-

ción antioqueña en el Estado Soberano del Tolima; la monja Mercedes González a quien las circunstancias la llevan a encontrarse con el francés después de evadir la guardia de Tomás Cipriano de Mosquera que había establecido la conversión en deuda pública de los bienes de la Iglesia, sus comunidades religiosas, de sus colegios y sus establecimientos de beneficencia y la amortización de bienes de manos muertas en provecho de la educación popular. Tres vidas que se cruzarán buscando cada uno su paraíso.

El beso del francés que tiene elementos estructurales claros de la novela de aventuras y de novela histórica, rompe esas estructuras al yuxtaponer la carga de aventura con la realidad histórica que ficcionaliza al agregar personajes, escenarios, y subtramas para lograr una narración convincente, ágil, a la que el lector también aporta porque ha de ir armando la trama, que no es lineal, que va del pasado al presente, que se cuenta desde varios puntos de vista.

Inicia con un narrador omnisciente “No fue sino despertar por el ruido contra las paredes para que

Mercedes González sintiera que los golpes no eran desconocidos...” (p.17) y a lo largo del texto hará presencia. La primera persona también se da desde las primeras páginas: “Dejaré de llamarme Desiré Angee si no me trago en un comienzo las verdaderas razones por las que estoy aquí, permitiéndoles que sigan preguntando qué hace un francés por estos lados... (p.22), un narrador ambiguo que le habla a Isidro Parra, como su conciencia presente en todas sus acciones: “Al señalar el lugar donde permanecías te convertía en un trofeo, una victoria fácil y un botín de valor. De gran valor y lo ignoraste. Luis Arango, conservador, encabeza la comisión que te va a despachar al otro lado por orden del alcalde, antiguo mayordomo y protegido del déspota gobernador, el señor general de muchos soles, don Manuel Casabianca.” (p.105).

Desiré Angée recién graduado como Ingeniero Civil, habla con un amigo de su padre, Eduard Milou, “que le comenta de aquella paz y asombrosas tierras maravillosas de América a las cuales iba a emprender un largo viaje. Recomienda que visite la casa





comercial del francés Jean Mouledous en París, ya que él le podía ayudar con los pasaportes y además sabía del tema: había mandado a su hijo Joseph a trabajar en Venezuela. Angée contacta a Jean Mouledous entre 1846-47 (Fecha de salida de Joseph), quién le ayuda con los trámites para viajar al extranjero y además se encuentra con la coincidencia de una convocatoria a arquitectos para la construcción del Capitolio Nacional en Colombia (en el ministerio plenipotenciario de Colombia en París), el proyecto se iniciaría en el año de 1846 a órdenes del presidente Mosquera. Angée es contratado para el proyecto y llega a la costa del norte de Colombia en el año de 1848 después de salir de Francia en barco de vela.

“Angée trabaja junto a Thomas Reed en el diseño del Capitolio Nacional, pero en el año de 1849, el proyecto se suspende por falta de presupuesto, entonces, pediría una retribución en forma de tierras en los paisajes tolimenses, por recomendación directa de su amigo Milou. Angée se establece cerca a la quebrada de Santa Rosa en la zona denominada “Tejos”, junto a sus vecinos Liborio Dávila, Matías, Felipe y Bernardo

Terreros. Allí construiría una hacienda que tenía de nombre “La mata de Guadua” y llevaría a la monja Mercedes González (en 1862) para ayudarla debido a la expulsión de ella de un convento de Bogotá después de políticas anti-religiosas del gobierno liberal del presidente Mosquera. Entre los años 1850-53, trabajó con Codazzi en cartografía, allí conocería y se haría buen amigo de los pintores de la comisión corográfica Henry Price y Carmelo Fernández, quienes se ofrecieron a colaborar con la colonización del Valle. Después de terminar de conseguir dinero para establecerse en sus tierras recién adquiridas, deja de trabajar con Codazzi. Siguió en contacto con otro de los hijos de Jean Mouledous: Jean Marie Mouledoux, quien se dedicaría a la minería y terminaría viviendo en las mismas tierras donde se encontraba Angée.”

El cambio drástico de vida para la monja Mercedes se inicia: “Todo sucedió tan rápido aquella noche del asalto, que mirándose unas a otras en el salón de la capilla, no podían entender por qué el gobierno les cometía esa infamia ni por qué los soldados eran tan agresivos. Sólo la madre superiora tenía noticias de

que serían expulsadas del país. El presidente Mosquera nada quería con la iglesia y le exhibían cuantiosas propiedades y ventajas sin que le tributaran al Estado y más cuando faltaba espacio para las oficinas gubernamentales.” (p.85). A partir de ese momento encontrará ayuda en un amigo de su padre que logra esconderla en un hotel e intenta sacarla para Venezuela, pero las cosas no se dan y se queda allí y es donde se encontrará con Angée, que espera el inicio de los trabajos de la construcción del Capitolio Nacional, bajo la dirección del americano Thomas Reed. La imagen del francés asoleándose, la vista de su cuerpo, la llena de sensaciones eróticas que la confunden: “Ahora Mercedes estaba perseguida no por soldados sino por sus deseos. Se sentía asaltada por ellos sin que le dieran salida diferente a hacerles caso, a dejarse atrapar por sus sensaciones que le producían tanto miedo como el de ir a quedar en manos del gobierno y perder toda libertad para moverse como le diera la gana.” Cuando el francés se fija en ella encuentra el parecido inconfundible con La Monalisa, que ha estado buscando desde joven, y ella consiente en partir con él a su finca de Tejos como ama de llaves.

Es así que se cruzan estas dos vidas. El encuentro con Isidro Parra, tercera vida que se cruza, se dará en los linderos de las tierras del francés, cuando llegó con sus hombres y familias en busca de un asentamiento que les brindara progreso, salud, alimentos y educación. Se enredan en una pugna por la tenencia de la tierra que acumulaba Angée. Finalmente dirimen la repartición.

Isidro Parra ocupa un lugar preponderante en la historia colombiana como fundador del municipio tolimense de El Líbano. Líder liberal, estuvo en la batalla de Garrapata en 1876 junto al general Santos Acosta y también en las filas del general Tomás Cipriano de Mosquera. Se destacó como pionero del cultivo del café, de la explotación minera, y también como educador y teósofo. Su asesinato el 21 de marzo de 1895 se dio con sevicia y escarnio público: “Estás desnudo a la fuerza aprovechando tu indefensión y tu muerte. Te han amarrado a una guadua de pies y manos y te conducen hasta la plaza de la aldea. Ahí te dejan en medio de insultos y profanaciones porque debes ser un escarnio público” (p.108).

Tres vidas, un escenario: la Colombia de finales del siglo XIX y en todas ellas la presencia de Tomás Cipriano de Mosquera, hombre de ideas progresistas que abrió el país al desarrollo económico, intelectual y sentó las bases de un país posible. Todo esto lo cuenta Carlos Orlando Pardo en 500 páginas necesarias, una novela bien construida.

Benjamín se fue a la guerra

La novela histórica es uno de los subgéneros que más ímpetu ha logrado desde su aparición en el siglo XIX en Europa de la pluma de Walter Scott y desde luego con León Tolstói y su impresionante “Guerra y paz”. Con mucha cercanía al romanticismo donde se aviva el sentimiento nacional, el sentido y la vivencia de la historia se popularizó, se convirtió en moda. En Latinoamérica también se popularizó y en Colombia muchos escritores toman como referencia para sus novelas hechos pasados o presentes.

Se puede hablar de un boom de la novela histórica en Colombia con escritores que van desde Gabriel



García Márquez, Germán Espinosa, Roberto Burgos Cantor, Jorge Eliécer Pardo, Mario Escobar Velásquez, Andrés Hoyos, Miguel Torres entre otros, que apropiándose de las técnicas narrativas levantan arquitecturas distintas donde evidencian su posición ideológica, leen la historia desde una manera no oficial. Los escritores que asumen la historia como tema hacen el juicio del pasado desde el presente, es decir, la contraposición entre las perspectivas éticas contemporáneas y la recreación de una época histórica ya pasada, que se convierte en el problema que el autor aspira a resolver.

Es el caso de Carlos Orlando Pardo, uno de los escritores tolimenses más prolíficos. Su larga trayectoria se evidencia en su nutrida obra publicada de 52 libros que va desde cuentos, novelas, ensayos y la dirección de Pijao Editores que comparte con su hermano el escritor Jorge Eliécer. La editorial pasa ya los 47 años de fundada y ha publicado más de 650 títulos y más de mil autores.

Su más reciente novela *Benjamín se fue a la guerra*, es el resultado de años de oficio donde logra un

collage de técnicas que van desde la historia, la aventura, lo epistolar, y el periodismo.

Como investigador de la historia del Tolima y como señala en “Vida y obra de Carlos Orlando Pardo” la biografía de Albeiro Arias y Ricardo Torres Correa, el recurso de la historia le sirve, como explicara Carlos Fuentes, porque “no hay presente vivo con un pasado muerto y sin nuestra memoria, que es el verdadero nombre del porvenir, no tenemos un presente vivo; un hoy y un aquí nuestro donde el pasado y el futuro verdaderamente encarnen.” Consciente de su origen regional, Pardo explica el porqué de su interés de reflexionar acerca del ser tolimense: “Nosotros, los tolimenses, hemos oscilado entre la fábula y el desastre, entre la utopía y el fracaso, entre la visión idílica y la violencia descarnada. Por eso en estos libros, quizá no exista otro registro más completo y variado para comprender las vivencias de las gentes, están sus ilusiones y pesares, sus cambios de sensibilidad a través de las épocas, que es en el fondo el corpus inmenso de la historia. No pensamos, también como diría Fuentes, ni mostrar ni demostrar el mundo, sino añadirle algo

al mundo, crearle complementos y reflejar el espíritu del tiempo que nos tocó vivir.”

A partir de un personaje de la vida real, un colombiano, tolimense nacido a principios del siglo xx en El Líbano: Benjamín Echeverry Márquez, el autor se propuso seguir la huella de este hombre que pareciera salido solo de la ficción pero que, siendo real, de carne y hueso, muy a su pesar, dejó pistas a seguir en el libro *Memorias de un combatiente* y las entrevistas, del periodista Álvaro Pachón de la Torre, que recoge las crónicas que escribió por los años cincuenta.

A Carlos Orlando se le convirtió en una obsesión que finalmente concretó cuando su héroe regresó de Europa y logra iniciar una larga conversación con Benjamín Echeverry. De estas charlas es que descubre primero el aventurero, porque su vida ha sido una aventura con riesgos y la novela de aventuras resalta en su argumento el riesgo, la sorpresa y el misterio. En estas novelas el protagonista es el héroe, y Pardo lo enaltece al transcribir sus peripecias que empiezan en Colombia desde su infancia, que marcada por el

fin del Siglo xix y las guerras civiles, el asesinato del Isidro Parra, protagonista de la llamada colonización antioqueña: “Curioso para Benjamín que contaran también la historia del general Isidro Parra, asesinado cuando parecía invencible en cualquier guerra. Supo que ahí en la mitad de la plaza principal estuvo su cadáver luego de ser liquidado, pero que lo vieron sin su arreo, sin las polainas que un día le dieron más altura y señorío, sin el sable niquelado de empuñadura grande, sin su antejo de larga vista con el que avizoraba el movimiento de las tropas enemigas, sin su carácter bélico al lado del general Mosquera, sin su caballo alazán con sus estribos de cobre sonando sobre los ijares de la bestia, sin su postura de jinete diestro, sin nada que no fueran sus ojos ya lejanos” (Pardo, Carlos O, P.45). “Quiso huir desde el momento en que se sintió ya un hombre al que le brotaban pelos en el pecho, y lo atrapó, cada vez más, la fantasía de recorrer territorios donde vivieran los tres mosqueteros y otros personajes de Alejandro Dumas. Ambicionaba enfrentar riesgos y peligros y combatir a los intérpretes de la crueldad para llenar su existencia con algo que valiera la pena...” (Pardo, Carlos O,

p.11), y lo llevan a participar en nombre de Francia y su Legión de Honor, en las dos guerras mundiales. Se enteró, estando en Manizales, del inicio de la Primera Guerra Mundial: “Dieciséis años tenía para aquel 1914 y tomó como una señal el percibir que nacían alas invisibles en sus pies. No fue sino sentir las para saber en el fondo que le había llegado la hora de emprender un viaje porque la ocasión le abría la puerta de par en par. No se lo dijo a nadie para evitar problemas, y estaba dispuesto a jugársela toda” (Pardo, Carlos O., p.53).

La novela está estructurada como un puzzle que el lector irá armando. Se cuenta con un narrador omnisciente, no lineal, Pardo va narrando en avances al futuro o vueltas al pasado, cómo este hijo de campesinos, huérfano temprano, desarraigado de su pequeño territorio, es llevado a vivir con un tío sacerdote conservador que odiaba a su padre por liberal, del que aprendió el gusto por la lectura y leyó a Alejandro Dumas y de allí nació su aprecio por Francia. También están las cartas que Benjamín enviará a su amigo de infancia Germán Arango, donde en tono

confidencial le cuenta sus avatares, pero también le sirve de interlocutor válido para no desprenderse del todo de Colombia, y le envía misivas desde los lugares donde se encuentra; y está el profesor que con las visitas a su casa en Ibagué sabrá más de sus peripecias en las guerras.

Benjamín se embarca tres años después de empezar la Primera Guerra Mundial, lo hace en el vapor Venezuela de la línea francesa que llegaría a Nueva York y de allí “zarpó en un buque de guerra el 16 de septiembre como si desde allí empezara a cruzar el cielo” (p.14) y llegaron a Francia por el golfo de Gascuña con el buque partido en dos por un torpedo alemán.” Estando en el sur de Francia llega al castillo de Noailles, donde conoce a la condesa que le presenta a la Legión Francesa. Inicia así una vida tupida de riesgos a nombre de Francia que lo llevará por varios países desde Marruecos y los países del Magreb, pero también a la India, el sudeste asiático, para después ser espía Bolchevique, y haber tenido cinco matrimonios.

Contar en pocas líneas todas y cada una de sus acciones militares en las guerras europeas no tiene tanta



importancia como volver a lo dicho anteriormente. La arquitectura de *Benjamín se fue a la guerra* donde Pardo ha puesto en evidencia su oficio de narrador. El trabajo de reconstrucción de una vida que lo hace a través de la memoria de su interlocutor, es posible por la destreza periodística de que Kapuscinky dijo es con los cinco sentidos. Pardo ve, huele, toca, escucha, y el sentido del gusto lo comparte con los vinos y los quesos que Benjamín le ofrece en Ibagué.

Verónica resucitada: fiesta verbal

Uno de los mejores y visibles cambios de la novela colombiana más reciente es el lenguaje que se ha ido construyendo desde una manera más cercana al habla nacional y se aleja de tanto artificio que hacía de su lectura algo pesado. En la novela *Verónica resucitada* de Carlos Orlando Pardo, se percibe un dinámico desenvolvimiento del lenguaje, una aparente levedad en su manejo, como proponía para este milenio Ítalo Calvino, y también levedad en la construcción de los personajes que en el afortunado manejo del lenguaje llegan fácilmente al lector.

Verónica resucitada, es la reconstrucción de la vida de una pareja que a principios del siglo pasado se conocen en el circo donde ambos trabajan como trapezistas, se casan, tienen dos hijas, viajan mucho, y se separan por decisión de ella para que sus vidas tomen distintos rumbos.

Este es escuetamente el argumento. Escrita en tercera persona, por un narrador omnisciente que da cuenta de todo, de Arturo, Verónica, sus hijas Inés y Sofía, sus amistades, sus desplazamientos, sus logros. Por otro lado, un narrador, señalado en letra cursiva, como si fuera un diario o un monólogo de Verónica, explica el porqué del abandono de su hogar y de sus hijas y su diario vivir buscando ser ella. La estructura narrativa de la novela en sus 295 páginas de gran aliento, hacen su ritmo rápido, vertiginoso, a veces pausado de acuerdo con las exigencias de la trama que se anuncia desde la primera frase: “Verónica apareció sesenta años después de la noticia de su muerte”. No es una construcción lineal, con gran pericia juega con avances y retrocesos temporales que evidencian un sólido conocimiento de los tejidos verbales de autores que

decididamente lo han formado. Se puede reconocer en el juego temporal una lectura juiciosa de Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez. En cuanto al lenguaje, sobre todo en el bloque narrativo que da cuenta de Arturo, se destaca la soltura coloquial, el empleo de frases que son lugares comunes pero que en su artesanía personal resultan enriquecidos y necesarios para conservar el ritmo de su tejido verbal.

Por otro lado, Carlos Orlando Pardo, carpintero audaz de la palabra, logra que las voces narrativas que en perfecta simbiosis van del presente al pasado, se cuenten con claridad sin que el lector pierda el hilo y en el cual sus criaturas tienen autonomía, no hay manipulación ni deliberación, fluyen y entran y salen sin que el lector se pierda. Consecuente con esto, el lector atento también puede percibir el aporte del nuevo periodismo, hay como una intertextualidad que acerca a la crónica con datos externos pero que son como la piel de sus personajes. En este aspecto permite otra lectura, la que aporta un gran espacio histórico –político de la Colombia de principios del siglo xx hasta los años ochenta. También aporta de manera sutil

todas las contribuciones tecnológicas, farmacéuticas, la llegada de la radio, del disco, que para el país significaron un gran avance, sin dejar de lado lo político y los conflictos que se sucedían en Europa influyendo en el país: el estallido de la guerra civil española, el asesinato de García Lorca, las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, el nombramiento por primera vez de un ministro socialista en Francia, Leo Blum, el holocausto en Alemania que cobró la vida de seis millones de judíos, la muerte de Hitler, de Roosevelt y Mussolini, Charles Lindbergh, el primer aviador que cruzó el Atlántico, la guerra que planteó Colombia a Alemania, la guerra de Corea y el contingente que aportó el país. La historia de Colombia da cuenta de las guerras civiles de finales del siglo xix, el gobierno de López Pumarejo y sus reformas sociales que instauraban un Estado Social de Derecho, el Bogotazo como resultado del magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, la represión cultural y política que se afrontó, la violencia de los Pájaros conservadores y su persecución al Partido Liberal, el nacimiento de la radio, la televisión y su vinculación a la cotidianidad colombiana.

Vistos por separado los dos bloques narrativos permiten dilucidar las circunstancias no sólo emocionales sino también histórico políticas del mundo que les tocó vivir, está dado en su totalidad por Arturo, un personaje inquieto por el momento político, que asume una militancia en el recién creado Partido Comunista al cual el narrador lo define así:

“Nunca fue sectario en sus apreciaciones y de manera conciliatoria conservaba su verdadera militancia en buena discreción, asumiéndolo, la mayoría, como un librepensador que cumplía con los mandamientos de amar a Dios sobre todas las cosas, no jurar su santo nombre en vano, santificar las fiestas, honrar por lo menos a sus hijas ya que nada se sabía de sus padres, no desear a la mujer de su prójimo, asunto que desilusionó a varias señoras entusiasmadas con su estilo, mucho menos matar y en fin, nada que pudiera acusarlo de ir contra las normas cristianas o del establecimiento”.

Arturo después de quedar solo con sus hijas, dedica su vida a sacarlas adelante, aportándoles todo su vasto

conocimiento intelectual, autodidacta formado en la lectura minuciosa de la Enciclopedia Espasa, libros de temas políticos de izquierda, poesía, que comparte siempre con sus hijas. También se puede comentar que después de dejar el circo, el oficio de ebanista es el que le aporta bienestar, aunque los distintos traslados dentro del país, como el paso por el Meta, donde siente que el Partido lo deja solo, le permiten dar a conocer a sus hijas como cantantes y declamadoras, las cuales dan inicio a la carrera artística que les impulsa Arturo. Ya en la adolescencia y cuando obtienen una beca en México, Inés se casa y con su marido se radican en el Tolima y de ahí en adelante su vida será la de un ama de casa convencional. No así para Sofía que dedicará su vida al teatro, en una Bogotá que veía “*Los intereses creados de Jacinto Benavente, El alcalde de Zalamea de Pedro Calderón de la Barca, Juan Tenorio de Zorrilla*”, dirigidos por Víctor Mallarino o las obras de Carlos Lemus en el teatro Colón con la actuación de Sofía “quien se vincula con los mejores del momento, como Luis Enrique Osorio, autor de *Sí mi teniente*, obra que critica la dictadura de Rojas Pinilla, será una de la pioneras de

la radio-teatro y fundará una academia para formar jóvenes hasta el final de su vida.

Verónica se presenta como un ser desarraigado, con tres madres: de la primera casi no da detalles, de la segunda una gitana que la educó con su grupo, en la vida de las carpas, echar la suerte, los caballos, y que seguramente es la que le aporta su personalidad libre, porque la tercera madre es una señora conservadora que quiere hacer de ella alguien. En su relato Verónica evocará su buena relación con Arturo, la cultura que le hizo conocer, la poesía que se consumaba en el erotismo, y todo el descubrimiento de mujer. Sabemos que decidió irse porque quería independencia, se encontró con un joven y se fueron del circo. Desde ese momento la intranquilidad no la abandona. El sentimiento de culpa introyectado, tiempo después le pasará la cuenta de cobro. Ella vivirá como una mujer de avanzada para su tiempo. No era bien visto en la Colombia que vivió que una mujer asistiera a bares y tomara licor sola. Verónica es el prototipo de la rebelde, de la feminista que rompe con la asfixia de una vida corriente. El reconocimiento del cuerpo, la

posibilidad de gratificar su erotismo sin censura, para las mujeres colombianas de antes de los años 70 el orgasmo era considerado pecado o aberración. En algunos momentos su recuento recuerda algunos textos de Doris Lessing, o la diatriba de Simone de Beauvoir. Su separación de Arturo es un duelo no resuelto:

“(...) Tal vez extrañaré las historias de Arturo. No creo que haya en parte alguna un hombre que mejor las cuente porque tiene el talento de hacer vivir cada una al que lo escuche. Parece un sueño hablando y un mago lleno de luces con el poder de la palabra. Sólo con él es posible vivir las historias de Las mil y una noche” (...) “Pienso que Arturo era una visión masculina de Sherezada, pero hubo un momento en que no logró atraparme (...)”

El sentimiento de culpa irá creciendo hasta atravesarse totalmente en su cotidianidad. Pensar en Arturo y en sus hijas se le convertirá en una obsesión. Pero para tomar la decisión de cerrar el capítulo ha de esperar hasta el final de su vida, porque reaparece después de 60 años enferma, agonizante, para instalarse



en la casa de su hija Inés, a la que no conoció, porque la dejó de días.

Las historias están íntimamente ligadas, Arturo tampoco superó el duelo. Le hizo la transferencia a luchar por sus hijas, por la lectura, la política, porque, aunque tuvo algunos amoríos, no se hacen notorios como sí lo son los de Verónica.

La obra de Carlos Orlando Pardo se confirma con esta novela, que llena de sorpresas, lo afirma en su oficio de escribir.

Cuentos. Antología personal

Los cuentos reunidos con el título *Cuentos. Antología personal* de Carlos Orlando Pardo es una muestra de su larga vocación por el género. En el prólogo a la edición de 2014 de la colección Maestros Contemporáneos, publicados por Pijao Editores, Pardo dice: “He sido esencialmente cuentista. Me siento cómodo con el género y nunca lo abandono como parte esencial de mi trabajo y con el que inicié esperanzado mi vida literaria.” (p.5).

Su temprana inclusión en la literatura colombiana se dio cuando tenía 25 años con el libro de cuentos *Las primeras palabras*, en coautoría con su hermano Jorge Eliécer, cuatro cuentos de cada uno, ganadores y finalistas de concursos literarios. Individualmente se instala como narrador en 1978 al ganar el Primer Premio Nacional de Minicuento organizado por Daniel Samper Pizano en el diario *El Tiempo* y que le valió el comentario de Gabriel García Márquez: “Carlos Orlando Pardo es el campeón de las doce líneas.” (P.11). Entrar al mundillo de la literatura colombiana no es fácil. Pardo desde entonces ha escrito muchos libros, entre novelas y libros de cuentos, de los cuales ha publicado ocho, algunos han sido reimpresos y algunos relatos traducidos al inglés, francés y serbocroata, algunos incluidos en antologías del país o del exterior como la que hiciera Olver Gilberto de León y su hermano Jorge Eliécer en 1991. En el país su trabajo está incluido en innumerables antologías como las organizadas por Juan Gustavo Cobo Borda y Luz Mary Giraldo y en algunas antologías regionales.

A la fecha ha publicado ocho libros de cuentos: *Las primeras palabras* (1972), *Los lugares comunes*

(1982), *La muchacha del violín* (1986), *El invisible país de los pigmeos* (1996), *El último sueño* (2014), *El día menos pensado* (2007), *Un cigarrillo al frente* (2011) y *El último vuelo* (2014). Estos libros han recibido comentarios de lectores, críticos y escritores que señalan la destreza del oficio de contar que caracteriza la obra total de Pardo.

En la antología personal incluye cuentos de sus libros inéditos *Delta me hizo rico*, *Las noches de la espera*, y de libros publicados: *El día menos pensado* y otros cuentos, *Un cigarrillo al frente* y otros cuentos, *La muchacha del violín*, *Los lugares comunes*, y *Las primeras palabras*.

El cuento en su forma actual ha tenido grandes autores que han dejado escrito lo que para ellos es un buen relato. El norteamericano Edgar Allan Poe, planteaba que en la narración corta el creador no “elabora sus pensamientos para acomodarlos a los incidentes, sino que concibe con premeditación un cierto efecto aislado o singular que desea conseguir, y luego estructura los incidentes, los combina de tal modo que le sirvan para lograr este efecto preconcebido. Fracasaré desde

la partida si no consigue seguir este proceso desde la primera frase...la excesiva brevedad del cuento es tan poco deseable como la del poema; pero hay que evitar la excesiva extensión con aún mayor ahínco.”

Para Julio Cortázar el cuento es una pelea de boxeo en la que se gana por knockout. Es en el sentido de la brevedad y en la medida en que el cuento, apuntan todos los grandes del género, desde las primeras frases debe enunciar su carácter significativo, que parte de la elección del tema. Un buen cuentista es el que logra convencer al lector de la importancia de lo narrado, ajustando técnicas que sirvan para desarrollar el tema. Siempre se ha dicho que no es el qué sino el cómo.

Los temas en literatura siempre serán los mismos, y es en la solvencia narrativa que se demuestra que no hay temas buenos ni malos. Carlos Orlando Pardo es un autor de largo oficio, continuado, sin pausa. En los cuentos de los libros incluidos se evidencia lo anterior, el empleo de distintos narradores desde el omnisciente, la tercera persona y el narrador ambiguo,

se encuentran en estos relatos. Los temas van desde la violencia, pasando por amores fracasados, el humor y la evocación. De sus cuentos, Germán Vargas Cantillo, comentó: “Con temas difíciles por lo peligroso de caer en lo obvio y hasta en lo cursi, son manejados con destreza y calidad” (P.11), Eduardo Pachón Padilla, escribió: “Con una órbita universal, experimenta, con acierto, el estricto cuento corto de dimensiones concisas, ínfimo diálogo y en un máximo aproximado de seis páginas va encontrándose en su limitado marco los esenciales elementos de la buena narrativa. En pocos trazos se crea una atmósfera, reflejando una situación espiritual, un estado de ánimo o un momento feliz o aciago” (P.11).

En *Delta me hizo rico*, los relatos, de apariencia trivial, se van cargando de resonancias hasta el punto del humor negro que recuerda los cuentos de Sakí, lo que se observa en el cuento que da título al libro, en *Steven*, en *Un paseo por el centro*, *Sólo en Ibagué*. En *La trampa*, narrado en primera persona, se regresa a espacios de la infancia en El Líbano, su lugar de nacimiento y escenario de las guerras civiles de finales

del siglo XIX, que dio paso a la violencia bipartidista donde al ya incontable número de muertos se sumaban el miedo y el terror de los “pájaros” y los curas auspiciando la muerte desde el púlpito. La evocación se hace con el entierro de Chucho Gálvez, y se instala en un hotel y se pasa largos ratos en el café Águila, donde siente que le han tendido una trampa, la de la nostalgia. El tema de la violencia en sus libros se le impone en razón de su infancia: “Odio todo tipo de violencia porque soy hijo legítimo de esa atmósfera en mi pueblo. No conocía la muerte y se me presentó de manera terrible.” (p.10)

Los textos de *El día menos pensado y otros cuentos* son de variados temas, *El último sueño*, el narrador omnisciente observa la vida de un hombre que se aísla aburrido de lo que ha hecho con su vida próxima a la muerte que lo resarcirá; en *El día menos pensado*, logra el juego de dos narradores, el omnisciente y el narrador ambiguo, que se esconde en la segunda persona gramatical; *Espantador de duendes*, excelente micro relato, que unido a *Mujeres sin orejas*, *La Mujer de Bernardino Gavilán*, *Masacres*, del libro *Un*

cigarrillo al frente y otros cuentos, *El gallero*, del libro *La muchacha del violín*, minicuento premiado por el diario El Tiempo, cumplen con la preceptiva de extrema brevedad, el knockout cortazariano.

El lector que asuma la lectura de la antología personal de Carlos Orlando Pardo se encontrará con un excelente narrador, con unas historias tratadas con la pericia del largo oficio, que confirmarán que estamos ante un escritor comprometido con su obra.



Un viaje al paraíso

María José Vera Rey*

Desde la antigüedad, Mercurio era considerado por los romanos como el dios protector de los viajeros; quizá por esa misma razón, o por pura coincidencia, fue precisamente el día de Mercurio, un miércoles, el escogido para emprender la jornada y conocer a Carlos Orlando Pardo, escritor de novelas y artilugios, antologista y gestor cultural, periodista, ensayista, editor, historiador y hasta compositor de música y de madrugadas. Pardo es, sin duda alguna, merecedor del homenaje Vida de Palabras en su octava edición. Este proyecto ha exaltado el aporte cultural de personajes como Rómulo Augusto Mora Sáenz (El Indio Rómulo), Rodrigo Silva (voz tenor del dueto Silva y Villalba), Leonor González Mina (La Negra Grande de Colombia), Héctor Ulloa (Don

Chinche), Carlos “El Gordo” Benjumea, Gustavo Álvarez Gardeazabal y Consuelo Luzardo.

Mercurio, el dios viajero, rige el número cinco, que antiguos numerólogos y esotéricos relacionan con libertad, la expansión, la inteligencia y la originalidad: la vida tiene curiosas simetrías pues han pasado exactamente 50 años desde que Carlos Orlando Pardo escribiera *Las primeras palabras*, en coautoría con su hermano, el también escritor, Jorge Eliecer Pardo. Donde quiera que mire, percibo curiosas coincidencias, concordancias como revelaciones, casualidades que se derraman en el tiempo y que hoy me traen a esta esquina de la Universidad del Tolima, donde espero, junto a treinta estudiantes y algunos docentes, el bus que nos conducirá al Líbano, tierra de espiritistas, de librepensadores, de escritores y artistas. Siento que, a mi corta edad, la vida me regala la sorprendente oportunidad de tener una entrevista con la historia.

* Estudiante de grado décimo del Colegio Champagnat e integrante del Taller Permanente de Formación Integral de la Fundación Abrapalabra

Antiguos colonizadores que emprendieron su aventura en el siglo XIX, viajando de Abejorral a Neira, y de allí a Manizales, luego a la mesa de Herveo y, finalmente al Líbano, tejieron un cordón umbilical que alimentó al norte del Tolima con hombres y mujeres valientes; colonizadores que buscaban míticos filones de oro y terminaron descubriendo un tesoro de tierra verde y productiva. Nosotros, los jóvenes de hoy, partimos a las diez de la mañana por la ruta contraria, como si la carretera que conduce a Lérida y al cruce de Armero nos llevara a un cofre lleno de palabras fértiles y majestuosas como las montañas del Líbano, y que nos guiarán por el camino de la vida de un hombre que hizo de la conversación, su escenario predilecto.

Fue un ameno trayecto de casi tres horas. A medida que incrementaba la altura, las verdes montañas que marcan el norte aparecían como gigantes míticos. Nosotros, mientras tanto, sin hacha y sin machete, usamos nuestras nuevas herramientas de colonizadores de sueños: libretas de apuntes, lápices, hojas sueltas o, teléfonos móviles, todos ensayando las posibles

preguntas para adentrarnos en las aventuras biográficas de Carlos Orlando Pardo.

Para agregar otra curiosa simetría a esta cadena de causas y azares, la fundación del Líbano fue un 23 de abril de 1849; el día del idioma; y Carlos Orlando Pardo tenía que nacer en el municipio tolimense que más tributo le ha rendido a la lengua de Aragón y de Castilla.

Llegamos a nuestro lugar de destino. Tan pronto descendimos del bus tuve la sensación de haber entrado a una porción del paraíso. La gente, las calles, el sol, los árboles, el verde, todo era amable; hasta el clima era una caricia para la piel. Teníamos el tiempo contado para instalarnos en un hotel, buscar un lugar para almorzar y llegar con puntualidad a la Casa de la Cultura. El trayecto no supone una larga distancia, así que aprovechamos para entrar a la galería de mercado, ver los preciados frutos de la tierra, el rojo encendido de los tomates, el olor a albahaca y a tomillo. Todo allí es tan colorido y sencillo que hasta los precios de cada artículo parecen haberse detenido en el tiempo.

En la Casa de la Cultura nos dio la bienvenida su director, Carlos Flaminio Rivera, y pudimos entrevistar al también escritor y gestor cultural, Carlos Gálvez. Cada paso que dimos por el salón con fotos antiguas era como viajar a través de los siglos por los caminos de arriería, con las botas llenas de lodo, el rejo y las cuerdas tensas para jalar las mulas recias enterradas por el peso de la carga que incluía, entre otras curiosidades, una máquina tipográfica. Cuesta creer que los fundadores trajeran consigo esa pesada máquina de imprimir. Imagino el ruido que producía a cada paso los tipos de plomo, los rodillos, almohadillas y galeas para armar los textos y columnas de los primeros periódicos del pequeño caserío; semanarios como La Idea, El Líbano, Cortafrío, La Cordillera, hicieron contrapeso a los púlpitos de las iglesias, que, a finales del siglo XIX, eran el lugar predilecto para la difusión de las noticias.

Con tantos periódicos parece natural la afirmación que Pardo hiciera en una entrevista para El Cronista: “Líbano es el municipio que produce más escritores por kilómetro cuadrado”. En la enorme

lista figuran Eduardo Santa Loboguerrero, Germán Santamaría, Fernando Morales Alarcón, Fabio Morales Restrepo, Beethoven Herrera Valencia, Manuel Giraldo (Magil), Alexander Prieto Osorno, Alberto Machado Lozano, Luis Flórez, Germán Arango Muñoz, el mismo Carlos Flaminio Rivera, la familia Pardo en pleno, que cuenta ya con varias generaciones de artistas... y la larga lista continúa. Hasta el afamado poeta William Ospina, que cometió el sacrilegio de ir a nacer en otro lado, no pudo escapar de la magia de esta tierra con olor a musgo y a tinta de impresión, y terminó siendo adoptado con el ceremonioso título de “hijo del Líbano”.

El equipo de audiovisuales del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima, instaló los elementos de grabación para las entrevistas, en las que conocimos la tradición libertaria y librepensadora de los habitantes del municipio, ojeamos las antigüedades y reliquias que reposan en cuartos y paredes de la Casa de la Cultura y nos fascinamos con fantasmagóricos relatos de espíritus, de sociedades teosóficas y hasta presentimos el aliento

de un duende que, dicen, habita el lugar y que atendió el llamado de los estudiantes, cuando de pie, en el centro de la pequeña concha acústica, separando los brazos, pronunciamos la frase “¡Hola Duende!”

Culminó la primera jornada. En los cafés se lee poesía, se entonan canciones en diferentes ritmos, se escucha sereno el canto de los pájaros; y nosotros, a dormir, pues había mucha emoción y trabajo para el día siguiente.

La temprana cita fue en el Café Águila, un lugar con décadas de tradición, ubicado en la plaza principal, que al igual que todos los espacios de El Líbano, ofrece la oportunidad de desplegar la imaginación y sumergirse entre la realidad, la tradición oral y la ficción. Me sorprendió que el café contara con una capilla; una estrecha habitación que se me antojó como un inquilinato para santos que, cansados de los sermones dominicales, se descuelgan de sus altares y se van a vivir entre bohemios bebedores de cerveza, conversadores infinitos, ateos y masones incurables, de esos que esperan ser enterrados de pie.

Tan pronto como Carlos Orlando Pardo ingresó al lugar, todos los presentes saludamos al homenajeado, a este ilustre personaje que deslumbra con su presencia fuerte, su actitud firme y la sabiduría en cada una de sus palabras. Mi madre me ha repetido siempre que la grandeza de un hombre se refleja en la transparencia de sus actos y en la nobleza de su corazón. Nunca fue tan clara esa frase, como la mañana en que, por primera vez, vi a Carlos Orlando. El tono grave de su voz nos hizo vagar por los espacios de su niñez. Nos llevó a conocer el mar en el viejo camión de su padre, se detuvo a contarnos las películas de vaqueros y las cartas de amor con que empezó a recorrer sus pasos de aprendiz de escritor, vimos a su amigo de infancia naufragar “arrullado por las caracolas marinas”. Este sagrado palabrero es capaz de hablar de la violencia como si dibujara la mueca de una carcajada y al mismo tiempo narra el amor, como quien entra a un circo y se sienta a llorar con los payasos.

El prodigioso escritor empezó a caminar por las calles de su pueblo. Se esperaba que, para un grupo de jóvenes, fuera fácil seguir a un hombre que cuenta





ya con 75 años... pero no fue así. Con ritmo constante, Pardo camina y habla al mismo tiempo, reconoce cada calle, cada puerta, cada ventana, se detiene, narra una historia, fija su mirada en otra acera y cambia nuevamente de historia, clava la vista en el suelo y lanza un aforismo, pasa por un balcón y exclama: “¡Elenita, te saludo!”

Pardo tiene tantas cosas que decir, tantas historias que narrar, que ya no sabemos qué anotar, que desechar en nuestros escritos, qué escoger. Curiosa pregunto, - “maestro, ¿por qué el saludo en el balcón?” y él nos cuenta que allí vivió uno de sus amores juveniles, Elenita Restrepo, y que la saludaba camino a la escuela, y al salir del cine volvía a saludarla, y camino a la plaza saludaba, e incluso cuando perdió sus pasos y se fue a vivir a la capital, siguió saludándola en el recuerdo, y cada vez que regresaba al Líbano y pasaba por el balcón, miraba los enormes ojos de Elena y las huellas del tiempo en su rostro y volvía a saludarla. Elenita ya no está. Ya ni sabe hace cuánto murió, pero él, acostumbrado a crear personajes inmortales en sus cuentos y novelas, sigue pasando bajo el balcón, y

como quien se persigna diariamente para no perder la costumbre, la saluda.

Todos llenamos nuevamente el salón de la Casa de la Cultura para la entrevista final. El equipo audiovisual daba las indicaciones de rigor: - “Maestro, mire a la cámara. Maestro, repita por favor la última frase”. El ambiente se asemejaba más a una apacible conversación que a una entrevista. Pardo habló de su carrera como docente, de su inagotable fuente creativa como escritor y gestor cultural, dio detalles sobre su vida personal; habló de su infancia, de sus amores, de los tiempos del ruido, de la violencia, de su abuela que todos creían muerta y apareció muchos años después, enredada entre los hilos mágicos de las carpas de un circo. Carlos Orlando Pardo habla y habla sin parar y no se cansa de hablar. Ha convertido la conversación en todo un arte y se hace difícil precisar qué es realidad y qué es fantasía. Quien ha escuchado hablar a Carlos Orlando Pardo, está condenado por siempre a buscar cómo calmar la sed que deja una buena conversación.



De regreso a Ibagué nos detuvimos en las ruinas de Armero. Bajo la sombra de unos árboles se improvisó el comité editorial. Otra extraña simetría del espacio y del tiempo; allí donde el fango enterró miles de vidas, estaban renaciendo nuevas historias. Alguien se postuló para escribir la crónica sobre Pardo, el escritor. Otro se sumó proponiendo una entrevista sobre la labor docente de nuestro homenajeado, y así fueron enumerando temas; el gestor, el periodista, el cronista de Armero y no faltó quien, haciendo homenaje a los tiempos en que el escritor ganó un concurso de microcuentos, se atrevió a proponer que le permitieran describir a Pardo en doce líneas ¡Qué osadía!

Yo decidí narrar este viaje, sin héroes ni villanos, este camino al paraíso sin ángeles ni demonios, esta selva de verde y de asfalto y de rostros que cruzan por mi memoria, y esta sed que me queda de escucharle hablar y hablar y hablar.

Pasará el tiempo, y seguro su cuerpo de firme andar ya no habitará este mundo; y yo buscaré ansiosa un lugar para escuchar buenas palabras, el anhelado

paraíso de una amena conversación. Tal vez una noche, junto al fuego, con una copa de vino en mis manos, tenga la suerte de escuchar que alguien me habla; le miraré a los ojos, y en mi mente volaré por entre laberintos de palabras que creía olvidadas, alzaré mi copa y por un instante seré la Elenita Restrepo del balcón, y brindaré agradecida susurrando: “Buenas noches maestro, te saludo”.



Galopando entre letras e historias

Salomé Suárez Valderrama*

El Líbano es tierra de escritores. Dicen que cuando gritan en la plaza principal del Líbano en busca de un escritor, todos, si no la mayoría, voltean a mirar. Carlos Orlando Pardo afirma que, en todo el mundo, el Líbano es el pueblo que produce más escritores por kilómetro cuadrado. Es en uno de esos kilómetros cuadrados donde precisamente nació y vivió el hombre a quien dedicamos estas letras, quien tras habitar en Ibagué media vida, regresó de visita a su tierra nativa. Regresó allí, a la cuna de escritores; a donde el paisaje cultural cafetero se refleja en la arquitectura de sus casas; regresó a aquel pueblo de escenarios naturales atrayentes que tiempo atrás fue colonizado por antioqueños y que ahora sería el escenario del documental sobre su vida.

En el atuendo de Pardo se denota cierta elegancia, pero sin dejar de lado la sencillez que lo caracteriza. Ese día, un 14 de julio, vestía un jean oscuro, unos zapatos negros y una camisa manga corta color blanco que lo hacía lucir más joven. Llevaba como de costumbre una boina que combinaba con su vestuario y que casi siempre lo acompaña. Pardo es un hombre corpulento, de sonrisa amplia y baja estatura, al que los años le han dejado muchas historias, pero no muchas arrugas.

—A mi hijo —dice Pardo— le contaba primero historias, y luego cuando lo vi escribiendo a máquina muy pequeño, me emocioné mucho y me lo imaginé como escritor. No fue en vano y hoy compartimos el oficio.

* Estudiante de IV semestre de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima

Curiosamente, el hijo de Carlos Pardo Rodríguez lleva su mismo nombre, aunque el Viña que acompaña a su hijo después del Pardo, permite diferenciarlos. Cuando están juntos el parecido es notorio. Pardo Viña también es bajo, corpulento, de lejos se ve serio y hasta parece ser mesurado, pero lo cierto es que es alegre y le gusta contar historias al igual que a su padre.

—*Cuando tenía siete años me regaló un libro de cuentos, Perros de presa, de José Ramón Mercado* —recuerda Pardo Viña en entrevista con el medio digital El Cronista, por la publicación de su más reciente novela *Los días del trueno*—. *Leí ese libro, me fascinó y se lo comenté el fin de semana. Entonces papá comenzó a darme más libros. Me convertí en un lector impenitente.*

Pardo, el papá, es el mayor de 10 hermanos. Su padre es hijo de campesinos y su madre tiene un gran sentido del humor, es una lectora empedernida que les enseñó de poesía y le inculcó el amor por la lectura.

En 1964, tras huir varias veces del conflicto, decidieron llegar a Bogotá en busca de un mejor futuro. Llegaron a la casa de una hermana de su madre, la

tía Sofía de Moreno y su esposo, ambos actores, lo que les permitió conocer a varios poetas, músicos y compañeros de trabajo con los que ellos interactuaban. Con el paso de los años Pardo creció, así como su amor por la literatura, y este ambiente artístico influyó para que se convirtiera en escritor y maestro; además de ideas, textos y discusiones, comparte ambas profesiones con su hermano Jorge Eliécer.

—*Siempre que se menciona a uno, parece que fueran como siameses, se menciona Carlos Orlando Pardo y Jorge Eliécer Pardo como si fueran una persona* — dice Pardo Viña.

Es así, como Pardo, el padre, junto a su hermano, su compañero, su coequipero, Jorge Eliécer, crearon Pijao Editores en 1972. Han publicado a cientos de autores y gracias a una alianza con su hermano menor, Pablo, editor y fundador de Caza de libros, trabajaron para poner en marcha el proyecto de “50 novelas colombianas y una pintada”. Como si fuera hereditario, el amor por la literatura corre por las venas de los Pardo, amor que ha pasado de generación en generación, y Pardo Viña es muestra de ello. La

literatura es fuente de inspiración en la familia y parece ser un lazo que ata a los Pardo con las letras. Carlos Orlando ha publicado cerca de 60 libros, Jorge Eliécer y Pardo Viña, más de veinte, cada uno.

—*La alegría de no sentirme aislado en un oficio de solitarios y con quienes podía compartir los sueños y hasta las pesadillas* —así afirma sentirse Pardo al tener varios miembros de su familia en la literatura.

El maestro Pardo tiene cierto ritmo que envuelve, tanto en su pluma como en su habla. Con sus palabras hace énfasis, pero también crea un poco de suspenso. Cada tanto levanta sus manos de la posición de descanso sobre sus rodillas cuando quiere resaltar ciertas expresiones. Parece, como si con sus manos amansara el viento y sobre lo invisible tejiera historias, como si pintara el lienzo que dicen sus palabras, como si las melodías del tiempo sonaran en una misma sinfonía y a la voz de sus recuerdos.

Son bastantes los retos a los que se enfrenta hoy la literatura. Las personas prefieren lo visual, lo resumido, información superficial, las redes sociales; y los libros tienden a quedar en el olvido. En una entrevista

para Pijao Editores sobre Carlos Orlando Pardo, hacía una biografía intelectual, él mismo lo confirma. A pesar de ello, Pardo recalca que también hay otra generación, como la de sus hijos, que son grandes lectores y para los cuales la lectura es indispensable.

—*Fui durante varios años maestro de primaria y allí el oficio era despertar el amor por la lectura* —dice Pardo—. *Lo que finalmente dio buenos resultados en algunos porque terminaron de escritores. Y claro que a mis hijos también quise despertarles ese amor, con el ejemplo de ser un persistente lector y comentarles con emoción algunos textos, además de regalarles siempre libros.*

Compartiendo esa tarde entre historias y recuerdos de un pasado lleno de travesías, Carlos Orlando Pardo y su hijo, estaban sentados en una sala de la Casa de la Cultura Isidro Parra, frente a frente y rodeados por las almas jóvenes de un grupo de estudiantes de la Universidad del Tolima. Allí, mientras todos prestaban atención a sus palabras, Pardo recalcó la importancia de la enseñanza como uno de los aspectos clave para infundir la pasión por la literatura en un mundo donde lo visual le gana a lo escrito.



—*A veces el pretender enseñar abarca muchas cosas, pero yo lo que creo es que hay que crear un ambiente propicio* —dijo Pardo reafirmando sus palabras.

—*Asistía a los lanzamientos, a los congresos de escritores que mi padre creaba* —dice Pardo Viña— *sin embargo, eso no era lo importante... lo mágico era tener a mi alcance su enorme biblioteca, que alimentaron mis mundos, y tener su palabra como alas para las mías.*

Hemos de recordar las palabras de Carlos Orlando Pardo para las futuras generaciones.

—*En esencia leer mucho, viajar, vivir, amar, disfrutar la existencia y estudiar la sociedad en la que viven sin aislarse de sus problemas* —es el consejo que da Pardo a los jóvenes escritores.

Carlos O, como le llama su gran amigo y tocayo Carlos Flaminio Rivera. Pardito, como le dice su hijo; maestro, como le llama la mayoría; Carlos Orlando Pardo Rodríguez, escritor, profesor y el jinete que lidera a los Pardo, esa estirpe de quienes galopan sobre letras e historias.



Cuando el compositor hace la magia

Juan Felipe Castro*

De contar una historia a cantarla, de escucharla a sentirla y luego a vivirla; recrear y posteriormente componer. Carlos Orlando Pardo, con su alma creadora, ha vivido para la palabra, para la cultura. No muchos saben que la música y las canciones también han hecho parte de su vida. Rodeado desde corta edad de músicos, cantantes y compositores, un día decidió pasar de escribir sus historias a convertirlas en canción.

En un encuentro con Carlos Orlando Pardo en su ciudad natal, el Líbano, municipio del Tolima, en donde creció; relató algunas historias que nacían de su alma. Narró historias de sus primeros amores de juventud y hasta saludó una ventana cerrada, que le recordaba un viejo amor.

Todo este sentimiento, el amor en su furor o los deslices de su ausencia, se vio reflejado en la mayoría de sus composiciones que vieron la luz en su primer álbum *Sobre todo amor*, lanzado en el año 1999, que fue interpretado por los más importantes cantantes tolimenses: Rodrigo Silva, María Mercedes Falla, Olga Walkiria, Toño Nieto, José Faxir Sánchez y Julio Roldán, entre otros.

En este álbum, lleno de boleros, valeses, rancheras y hasta sonos, se cuentan historias de amores nuevos, viejos, conocidos y por conocer.

* Estudiante de X semestre de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima

*Mi vida es tuya,
desde siempre lo has sabido
y aunque lejos te hayas ido
mi amor te perseguirá...
Fueron las noches
en tu ausencia que es infierno
donde supe que es eterno
el dolor tras el amor.*

Su talento de escritor derivado del contar historias, de sentirlas y vivirlas en su carne, para luego plasmarlas en un papel, pasaron a la partitura. El punto de saber expresarse y demostrar lo que siente y piensa, se ve claramente reflejado en la mayoría de sus canciones. Los diversos temas del corazón, en sus composiciones, se desarrollan a partir de fascinantes historias y diversos referentes, mostrando una faceta diferente de este talentoso escritor. Los temas pasan del amor a la nostalgia, como en *Novia de adolescencia*, un bolero cubano interpretado por Toño Nieto:

*Novia de adolescencia, dulce sueño de amor
tiempos de la inocencia, que no olvida el corazón
Apenas nacía el instinto, por aquella edad primera
Y todo sabía distinto, se estrenaban las quimeras.*

Pero la nostalgia no sólo tiene en Pardo, dulzura, también tristeza, como en *La trampa*, hermoso tema también de sonidos antillanos:

*La trampa es la nostalgia, me lo dijo el abuelo
Porque tiene la magia del tiempo devolver
Y en ese abismo grande donde se gasta vida
Resucitan heridas que es mejor nunca ver.*

En *Sobre todo amor* volumen II, se observó nuevamente el sentir de Pardo como compositor. Con arreglos musicales del maestro Augusto Labrador, como en el primer álbum, fue nuevamente interpretado por los más importantes cantantes del Tolima. En él, demuestra su versatilidad como compositor en el desarrollo de géneros musicales e historias en las que renacen nuevos encuentros, amoríos y abandonos.





De todo el acervo de canciones, *Ladrones salen*, un bolero ranchero, es quizá la canción más exitosa, siendo grabada por más de siete cantantes tolimeses. La primera versión se estrenó en la voz del mismo Carlos Orlando Pardo:

*Que siga el sol sobre este cielo calentando,
que sigas tu dándome vida y mucho amor.*

*Que nadie llegue hasta tu vida como un gato,
a arrebatarme lo que tengo en tu pasión.*

*Ladrones salen a desear lo que no es suyo a todas horas
Y el celo expande sus cocuyos sin demora,
y está la guardia cuidando su corazón.*

*Lo que más pido a Dios... es que yo sea siempre tu
ángel de la guarda,
y me cuide tu amor de aquellas ansias
que alimenta en su pecho algún ladrón.*

Entre historias que rozan la efusividad, la emoción y el amor, los primeros encuentros, el enamoramiento y la conquista, la desilusión y la reconciliación, y la amistad, el espíritu cuentista no deja de abundar bajo sus notas y melodías que fueron refrendadas en

Sobre todo amor volumen III, como un homenaje al bolero clásico.

Las metáforas características de su escritura, su literatura clásica en sus escritos, su manera específica de contar historias se hace presente en todas y cada una de sus canciones. Pardo escritor, Pardo compositor, Pardo como ser humano y humanista, su huella incesante marcada en distintos ritmos y melodías, y la versatilidad de su mente e imaginación, se combinan con notas musicales e instrumentos y así logra, como en todo lo demás que realiza, hacer magia.



Carlos Orlando Pardo, o la imperiosa necesidad de contar historias

Ricardo Torres Correa*

“La literatura no cuenta historias sino maneras de contar historias”

Rodolfo Enrique Fogwill

Existe en el origen de la escritura de Carlos Orlando Pardo una estrecha relación con el cine de los años cincuenta. Esa relación es al mismo tiempo, deslumbramiento y aletazo de maravilla.

La inmensa pantalla del Teatro Andino se enciende. Cada noche, mientras llega la hora de ver la película en cartelera, un puñado de muchachos da vueltas al parque principal en el Líbano, Tolima. Entre tanto, una voz desde los altoparlantes del teatro anuncia con

absoluta seguridad, que la cinta que se verá esa noche es mexicana y que con eso basta.

Es el tiempo de las míticas figuras de la época dorada del cine mexicano. Dolores del Río, Silvia Pinal, Elsa Aguirre, y por supuesto, María Félix, entre otras, animaron la ardorosa imaginación de Pardo Rodríguez, elegido por sus amigos para relatar, a la salida del teatro, la película que los demás no pudieron ver por falta de dinero para pagar la entrada, y que otros, en su momento, no supieron contar.

* Escritor y periodista tolimense.

Desde entonces Pardo descubriría, con inocencia y genuina emoción, una forma de relatar, una manera de mantener la atención entre sus amigos, que cada noche se convertían en espectadores de la otra película, la que Pardo contaba, sin perder detalles, dándole dramatismo a su relato a través del tono o el timbre de su voz, del silencio o la pausa.

No es solo un recuerdo, tampoco una simple anécdota. Allí, en las noches frías del pequeño poblado o en las tardes soleadas de algún domingo del pasado, sentado en cualquier banca del parque principal, rodeado de sus amigos, mientras contaba una de vaqueros o de la revolución mexicana, se gestó la poderosa influencia de la palabra, el relato en boca del adolescente Pardo Rodríguez, conmovido por el fulgor de las imágenes y las historias.

Pero muy pronto se impondrían otros relatos, el de la realidad, por ejemplo, tan o más conmovedor y aplastante que la propia ficción. La violencia traería consigo otros horrores y angustias, también otras imágenes; como la del primer muerto que Pardo

Rodríguez observó, junto a su hermano Jorge Eliécer, a través de una pequeña ventana abierta en la morgue del poblado, una cruda visión que traería consigo, el despertar de la conciencia acerca de la muerte.

Un narrador se debe y está hecho de su tiempo. Las circunstancias políticas lo definen y la historia, de forma inevitable, lo atraviesa. Y en estas condiciones el éxodo también se constituye en una huella vital en la escritura de Pardo Rodríguez.

Sin embargo, algo del niño atrapado por el encanto de contar historias y por el fulgor de la magia, oficio al que quiso dedicarse y en el que estuvo a punto de ser alumno del legendario mago Lember, le sirvieron, tal vez, como resistencia al horror de la violencia, y también, como el tejido del que estarían hechas sus historias, esas otras batallas que circulan dentro y alrededor de los temas trascendentales de la literatura; como el amor, el olvido, la soledad y la muerte.

Pardo Rodríguez es ante todo un narrador. Constituirse en uno de ellos requiere de una templanza que



para jomí garcía ascot
y maría luisa elío

Para Carlos Or-
lando Pardo, cam-
peón de las doce
líneas; con la admi-
ración,

GARCÍA
1978

solo se otorga al que intenta una y otra vez, una y otra vez en el tiempo y pese al fracaso; carreras de largo aliento que, como es natural, comienzan por los caminos del cuento.

Y en ese sentido el volumen de cuentos inaugural en su literatura, titulado *Las primeras palabras*, publicado en 1972 junto a su hermano Jorge Eliécer, es más que su entrada en el mundo de la narrativa, de la cuentística colombiana. En este volumen de cuentos, cuatro narraciones para cada uno de los hermanos Pardo, puede decirse que se prefiguran los bordes que tocarán su literatura, se anuncia el vigor de su prosa, sus preocupaciones como narrador, la búsqueda de un estilo y una voz propia.

Esa construcción toma años y Pardo siempre lo supo. Pese a ver ese horizonte lejano, nunca dejó de perseguirlo. Pocos pueden decir que, como narradores, rompieron sus propios límites, ampliando sus orillas, para indagar en las sustancias que nos constituyen como seres humanos y sociales, y Pardo es uno de ellos.

La publicación de ese volumen de cuentos daría origen, también, al grupo cultural Pijao. Alrededor de ese entusiasmo cultural, comenzarían a gestarse las obras de otros escritores, poetas y narradores, periodistas, músicos e intelectuales, que tuvieron allí la oportunidad de publicar sus obras, pero también, la de encontrar pares para la discusión alrededor de los temas de la escritura, de la creación artística, del compromiso social y político del arte, en los encuentros de escritores nacionales que Pijao promovía. Corrían los años setenta.

A partir de entonces Pijao comenzaría a construir una memoria que no es singular sino colectiva, plural. No solo se preocuparía por exaltar los valores literarios del Tolima, sino, también, los que han prefigurado nuestra historia en otros ámbitos de la cultura y el arte.

Cincuenta años le ha tomado a Pijao Editores configurar esa memoria. La valentía con la que Pardo se ha lanzado sobre esos proyectos editoriales, han sido posibles solo a través de la seguridad que irradian sus

decisiones, su fe ciega en el arte y la cultura del Tolima, su deseo de erigir un territorio en el que las voces de sus creadores trazan el mapa de nuestros sueños.

Y mientras esos monumentales esfuerzos editoriales por establecer una memoria, se gestaban y ponían en marcha, Pardo no paraba de contar historias desde su invencible Rincón Santo. El hombre, el escritor, construye en el centro de su vida y de su quehacer, la obra que prefigura su universo literario, su manera de estar en el mundo, de contarlo.

En sus volúmenes de cuentos, en sus novelas, en sus ensayos, en sus trabajos periodísticos, siempre hay un cazador voraz, no desenfrenado, que calcula cada movimiento, que da vueltas sobre la historia, que elige las palabras y el punto de vista, el narrador.

El oficio aprendido que se desaprende cada vez que abre una larga jornada frente a la página en blanco de la pantalla de su computador. Pardo se empeña en una pelea en la que él encuentra el gusto por desentrañar lo que ya está escrito y sólo es visible a los ojos de su imaginación y su memoria.



Debe ser por eso que, para él, la literatura es un goce pleno, más allá de los problemas naturales que implica meterse en un lío que nadie le ha pedido, al que el escritor se rinde cada vez que una historia se impone para ser contada.

Pardo disfruta con el camino. Llegar es importante, claro, pero él sabe, tal vez como Ulises, que lo trascendental yace en esa especie de peregrinación por los laberintos y rutas, tan inciertas tantas veces, de la palabra.

Encontrarla implica una ardua tarea, un máximo de concentración, una exigencia en la que el narrador deja su vida, en la que en cada partida se juega sus restos. La apuesta por encontrar el fuego que quema tiene un costo y Pardo ha dejado en ello todo sin guardarse nada, sin temor al fracaso y sin la ansiedad que se desprende de la búsqueda necia del éxito.

Así ha conducido también su vida. Amplio y generoso con sus amigos. Siempre hay un puesto en su mesa, un lugar en su casa o en su biblioteca, esos dos lugares que son uno solo.

Su reino en este mundo es abierto y compartido. En él caben todos, sin distinciones o etiquetas. Por él hemos transitado quienes tenemos la necesidad de conversar, de decir algo, de ser escuchados y de escuchar, sobre todo.

Puedo verlo a veces. En la distancia que nos separa puedo verlo. Ahora enciende un cigarrillo electrónico. Mira la pantalla de su computador, pone o quita una coma, agrega otra línea al párrafo. Se detiene y recuesta su espalda en la silla. Apoya su brazo izquierdo sobre un borde del escritorio negro. Muerde sus nudillos. Cavila. Vuelve a la carga.



El lector de mundos

Óscar Andrés Maldonado Bernal*

“La lectura siempre fue una gran compañía” dijo Carlos Orlando Pardo, un escritor libanense, quien, a sus 74 años, tiene una trayectoria intachable en la literatura colombiana. El jueves 14 de julio del 2022, él vestía con un abrigo negro, una camisa azul fajada por dentro del pantalón, unas gafas oscuras y una boina de la que asomaban cabellos plateados, que le hacían lucir como el escritor respetado que es. Carlos Orlando caminaba junto a su hijo, el también escritor Carlos Pardo Viña, docente del programa de Comunicación Social – Periodismo de la UT, y uno de los académicos que lideran el programa “Vida de Palabras”. Ambos eran seguidos por un grupo de 15 estudiantes que escuchaban hablar sobre los recuerdos de la infancia, viajes de la memoria que se resisten a perderse en la bruma de los años.

Carlos Orlando Pardo, el padre, se paró en el andén de la casa donde vivió en El Líbano, en el barrio Du-lima, rememorando las guerras fratricidas del pasado, las heridas que le dejó la violencia, y la grata compañía que había sido para él la literatura. Recordaba los paseos con su hermano Jorge, las jugarretas con sus amigos del alma, como Fabio Morales o Alejandro Salazar. No olvidaba, a pesar del implacable tiempo transcurrido, sus primeros amores, los días en los que soñaban con cosas maravillosas. Sin embargo, en su infancia, la violencia era el pan de cada día.

“Nosotros nos acostumbramos a ver un canto fúnebre en jornada continua, porque todos los días uno se levantaba preguntando ¿y quiénes fueron los muertos hoy?”
—recuerda.

Escapaba de la violencia a través de la lectura. Este ejercicio vino por parte de su tía y de su madre,

* Estudiante de IX semestre de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad del Tolima

quienes los motivaban a leer, como un placer que es privilegio del ser humano. Le gustaban las historias de amor y de aventuras, con las que esperaba impresionar a las muchachas, y evitaba, a toda costa, que la violencia lo alcanzara en sus gustos y ejercicios literarios.

Pardo seguía de pie en el andén de la última casa en la que vivió en El Líbano, mientras traía a su memoria los episodios violentos, pero también, los momentos nostálgicos de su juventud. El recuerdo de un hombre llegó a su cabeza, como un relámpago que se estrella sobre un pararrayos. Recordó que este hombre, de cuyo nombre no puede acordarse, en el pasado le había abierto las puertas a su biblioteca personal. Esta, dice Pardo, era la biblioteca más grande que hubiera visto en el Líbano. Se lamenta de haber perdido, en los vericuetos del tiempo, el nombre de este mentor literario.

De este sujeto, recuerda que era un hombre atormentado por un cáncer de nariz, y que en no pocas ocasiones, este hombre le expresó que admiraba la devoción con la que le veía guardar el dinero de sus onces del colegio, para comprarle libros.

Carlos Orlando adquiriría ejemplares exquisitos con las monedas que podía. Se alimentaba de las letras, nutría su cerebro con historias, con literatura que lo atrapaba y le ayudaba a olvidar los horrores de la violencia. El viejo mentor de los libros contemplaba a este muchacho, de entonces catorce años, devorar volúmenes enteros, pasar página tras página, mientras mordía los nudillos de sus dedos, asombrado por los textos que reposaban en la biblioteca de aquel hombre. Todos los días llegaba a la puerta de su casa, lo saludaba inclinando su cabeza y le demostraba respeto, y entonces corría para sumergirse en las páginas de los libros que le permitían escapar hacia diversos mundos.

“El día que ese hombre fue devorado totalmente por el cáncer, todos lloramos”, señaló. Al morir, su familia, cumpliendo su última voluntad, le abrió las puertas de la casa a Carlos Orlando para que eligiera los libros que quisiera de la biblioteca, como herencia. Ese día tomó los libros con un nudo en la garganta, y las lágrimas brotaban incontrolables, resbalando por sus mejillas y cayendo como bombas en el suelo de la

SIENTE LAS IDEAS



País Invitado de Honor

Agencia Argentina de Promoción Cultural
Ministerio de Turismo
Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto
Ministerio de Cultura
República Argentina
Argentina

Apoya

etb PROCOLOMBIA 83 años de amistad

Apoyo Institucional

COLOCIENCIAS GOBIERNO DE COLOMBIA

AGENDA CULTURAL LIBROS Y VÍDEOS

UNIDAD PARA LAS VÍCTIMAS GOBIERNO DE COLOMBIA

Alianzas Institucionales

AC/E BRITISH COUNCIL BOGOTÁ GOBIERNO DE COLOMBIA GOB. MEJOR Tr-ce

Chile AMECCID

RTVC

WTV

Alianzas Educativas

POKER Ext Colsubsidio

filbo³¹
Feria Internacional del Libro de Bogotá
Leer es Volar

BOGOTÁ MEJOR PARA TODOS
17 | 2
ABRIL | MAYO

SIENTE
LAS
IDEAS



biblioteca. En ese entonces, Pardo ya comprendía que hasta *"en las mejores historias hay episodios de tristeza"*.

Años más tarde, Carlos Orlando declaró en una entrevista que *"lo que necesitamos en el mundo son contadores de historias (...) Necesitamos que nos cuenten historias, las historias son como las parábolas del evangelio, vivifican más que los discursos"*. Pardo sabía que, para que un escritor sea importante, necesita de un lector que lo mantenga vivo, como un médico con su paciente.

Al ser director de su propia editorial, Pardo se entregó al mundo literario como un lector crítico, pero mucho más cómo un lector humano, como aquel muchacho de catorce años que se sienta en la biblioteca de un viejo mentor, para asombrarse con obras ajenas.

Para su septuagésimo cumpleaños, su hermano Jorge Eliécer declaró en una dedicatoria que Carlos Orlando *"busca siempre lo mejor de los libros de sus amigos, rescata y comparte ese deleite de un texto. Generoso con-*

migo, con mis narraciones, a veces supurantes y llenas de historias demasiado tristes que no quiere leer. Lo comprendo, su frágil corazón lo acerca más a la felicidad esquiva, que al dolor histórico”, agregó.

Carlos Orlando ha entregado su talento al mundo y su trabajo en forma de escritura, de novelas, de memoria, de cuentos y de canciones. Asimismo, ha brindado su humanidad a sus seres más cercanos, a cientos de escritores amigos, al apoyarlos como lector; concediendo su tiempo para leer las obras ajenas, aportando sus conocimientos literarios y experiencia desinteresada para que otros progresen en su ejercicio literario.

Como Jorge Eliécer Pardo afirma: *“Creo que yo no hubiera persistido en la literatura sin mi hermano, obstinado siempre. Si él no hubiera alentado esos ingenuos cuentos de mi incipiente juventud, esas primeras palabras, yo no habría persistido, porque desde siempre él estuvo ahí, como el viento, moviendo las aspas con sus estímulos, lecturas y generosidades”*; y más tarde agregó: *“Me percibo como un buen discípulo que no ha dejado*

de recibir el consejo certero, así no estemos de acuerdo en muchos temas. En la diferencia está el amor”,

Carlos Orlando Pardo Rodríguez ha sido un receptor de sentimientos, una esponja que absorbe nuevos puntos de vista, un maestro que regala su lectura a nuevos escritores. Hoy está aquí, frente a un grupo de curiosos estudiantes que le escuchan, observando con nostalgia la fachada de la que fue su casa, hace más de sesenta años, recordando su propia vida y, tal vez, sin ser consciente de que el camino de la lectura que inició en su adolescencia ha salvado a muchas voces de caer en el silencio y el olvido.



**7o. Congreso de Colombianistas Norteamericanos
Ibagué - 11 - a 15 - Agosto - 1991**

Carlos Orlando Pardo, el promotor cultural

Yessica Cruz*

Hablar de Carlos Orlando Pardo es hablar de arraigo, de amor y de arte. Su historia se cuenta desde los libros, la música, la escuela, el teatro y la cultura. Aquella cultura que, además de guiar su labor, ha narrado su vida. El contador de historias del Líbano, Tolima, tiene un gran legado artístico que trasciende e impacta a la sociedad, puesto que le ha hablado al mundo en muchos idiomas, y todos develan algo de la realidad. Es un dador de verdad y memoria, de letras y música, de educación y justicia, es Carlos Orlando Pardo Rodríguez, en su inconmensurable dimensión de gestor cultural.

Desde su niñez, en la escuela primaria, el impulso de trabajar en pro de la cultura se hizo visible. No solo participó en eventos artísticos; también organizó concursos de declamación, obras de teatro, murales y

periódicos. Durante muchos años continuó como un adolescente apasionado por el disfrute del arte. Precisamente esta pasión lo lleva a su papel de promotor de la lectura y la escritura, donde en 1969, a sus 19 años, funda el periódico “Ambalema al día” y dos años después en Ibagué, “Voz juvenil”. Ese interés por la difusión de la palabra radica en la importancia del lenguaje para el autor, no como un código, sino como algo poderoso. Llevar el poder del lenguaje a todos los rincones y a todas las personas, es una tarea que emprendió desde muy joven, y que aún, más de medio siglo después, continúa con ahínco y fortaleza. Carlos Pardo es un roble incansable.

“Su vida y obra han sido estudiadas por diversos autores, y sus ensayos son incluidos en revistas y periódicos de circulación nacional, libros, trabajos investigativos y manuales de texto escolar. Doctorado “Honoris Causa” de la Universidad Simón Bolívar de

* Estudiante de IX semestre de Lic. en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad del Tolima

Barranquilla, (1995), Orden de la democracia del Congreso de la República (1997), Ganador de la condecoración Cacique Calarcá (2008), máxima exaltación del gobierno del Tolima a sus hijos más distinguidos, y Premio Tolimense de Literatura (1987), constituyen parte de 17 reconocimientos a su tarea. Diversos medios departamentales, nacionales e internacionales lo señalan como uno de los más importantes gestores culturales del centro del país.

Las valiosas investigaciones en literatura han sido la base de diversos grupos de investigación sobre literatura tolimense en la Universidad del Tolima y hacen parte de los estados del arte y los marcos teóricos de tesis de pregrado y posgrado de universidades de Ibagué, Bogotá y Pereira.

Como gestor cultural organizó y por su cuenta, desde 1968, la llegada de importantes escritores a nivel nacional para conversatorios con los estudiantes y los maestros, invitando a Manuel Zapata Olivella, Fernando Soto Aparicio, Jaime Mejía Duque, Jorge Ernesto Leyva y Eduardo Carranza, entre otros, a los



que siguieron organización de eventos, presentaciones de libros, recitales y mesas redondas”**.

Además de su notable preocupación por el ámbito educativo y la difusión de la palabra, Pardo ha generado importantes espacios de promoción y estudio de la literatura. En 1980 hizo realidad el I Encuentro Nacional por la Literatura, evento que permitió reunir en Ibagué a grandes figuras de la creación y crítica literaria, y que dio paso a la creación de lo que hoy se conoce como la Unión Nacional de Escritores (UNE).

El trabajo de Carlos Orlando Pardo ha tenido como fundamento la búsqueda y promoción del arte y la cultura, como espacios donde se reconozca la necesidad del lenguaje y el poder de la palabra. El evento acercaba no sólo a los escritores entre sí, sino a ellos con los profesores de literatura que, gracias a la iniciativa, comenzaron a leer en sus clases las obras de los autores colombianos.

** Extractado del documento de postulación para el premio Ibagué, Capital Musical, Vida y Obra, escrito por Ricardo Torres y Albeiro Arias.

Hay que exaltar, además, su labor como presidente de la UNE, capítulo Tolima y Huila, donde la preocupación por la intervención educativa y la distribución literaria visibilizó problemáticas políticas y sociales de la región. Carlos Pardo ha generado vínculos con la población, pues su preocupación social ha posibilitado, al menos en el Tolima, un acercamiento significativo con la literatura. Pardo llevó la palabra a donde no había llegado, a la gente del común, a las escuelas rurales, a las calles...le quitó ese carácter elitista y la devolvió a sus hablantes.

Es posible que, a pesar de las múltiples distinciones, Pardo no dimensionó lo que su trabajo ha logrado en la vida de las personas.

— *No me propuse sino ser un buen tipo que no era indiferente a las causas sociales sin ser militante de partidos, creo que ante todo ser útil*—dice.

Sin embargo, para el legado de la cultura colombiana, él ha sido más que útil, ha actuado buscando un bien común, construir un nuevo país. Por tanto, es

normal sentir el afecto de las personas cuando se escucha hablar del autor en las calles de su pueblo, en las bibliotecas y en las aulas de literatura.

“Como director del Instituto Tolimense de Cultura, editó una biblioteca de autores tolimenses, organizó la impresión de discos de larga duración de compositores e intérpretes de la región, y organizó bibliotecas públicas en 30 municipios, al igual que dotó bandas municipales en 17 de ellos, organizando talleres de guiones cinematográficos, festival de teatro, títeres y marionetas.

Como periodista cultural, fue columnista durante 16 años de la Casa Editorial EL TIEMPO y colaboraciones cuyas aparecen en El Espectador, El Siglo, Diners, Credencial, además de diversos programas de radio y televisión como *Hablemos de...* emitida durante cuatro años por Señal Colombia y Palabra Viva del Tolima, que rescató el trabajo de cinco escritores del Tolima en el mismo canal, tal como lo hizo en su condición de comentarista en la Radio Nacional de Colombia a lo largo de tres años, reseñando amplia-

mente libros y cuyos trabajos están en su historia.

Con la fundación y dirección de las revistas Luna de arena, Pijao. De arte y literatura, Cultura, Voces (suplemento cultural de Tolima 7 días), semanario de El Tiempo, y en su condición de cofundador de Gato encerrado, El Carnero, Proceso en marcha y Nuevo Milenio, Ambalema al día, Ideas, Voz juvenil o la dirección de la Revista Agropecuaria y el periódico Voz del Norte, se tiene una suma de su oficio como periodista cultural, agregando la tarea cumplida como columnista en diversos medios”.^{***}

Su labor cultural se ha prolongado en el tiempo a través de Pijao Editores, creando concursos, simposios, tertulias, conciertos y veladas poéticas, que hacen parte de la historia del departamento. Estos eventos, con Carlos Orlando Pardo como presidente de la UNE (Tolima-Huila) despertaron en muchas personas un deseo por aprender más sobre el arte de la palabra, muestra de ello fue la gran afluencia de personas inscritas en el programa de Lenguas Modernas de la

^{***} *Ibid*

Universidad del Tolima durante estos procesos de difusión.

El esfuerzo de Pardo por el reconocimiento de la cultura, tanto de las letras como de las artes propias de la región, ha ido más allá de generar disfrute y reflexión, logró un fin mayor; un departamento referente para los escritores regionales, tanto para los mismo tolimenses como para escritores de otros departamentos. Actualmente, la editorial de los hermanos Pardo, ha publicado más de 800 títulos, cifra que reconoce la memoria y patrimonio literario de decenas de escritores a lo largo y ancho de Colombia. Así pues, podría decirse que, gracias a esa misión de vida, algo altruista, de Carlos Orlando Pardo, en el Tolima sobreviven las letras y se cree en la palabra como práctica social.

Carlos Orlando también creó los premios departamentales de literatura y periodismo, fomentando el interés por educarse en escribir desde la realidad.

De la vida de Carlos Orlando Pardo se puede decir mucho y de los aportes a la cultura del país aún más. Su vida ha transitado en el quehacer social y sus contribuciones son cada día mayores.

Aunque para él siga siendo sorpresa esta innegable huella de su trabajo, *"Nunca estuvo en mis planes impactar a la sociedad, aunque al pasar de los años termino emocionado de haber servido como ejemplo en una tarea sin tregua para la construcción de la memoria regional y en la difusión de los sueños ajenos"*.

El contador de historias, el impulsor de las artes, el educador, el periodista, el historiador, el promotor cultural y el difusor de sueños. Sin duda, es un ser social al cual la cultura del país le debe mucho, y quien día a día, expande la reflexión en cuanto la necesidad de aportar, desde los sentires, una educación que vincule el arte, el amor y la memoria. Sin duda se necesita atender a esa reflexión, posicionarse y tratar de aprender a ver el mundo desde los ojos de este personaje, ser capaces de sentir la esencia del territorio y luchar porque hable... la sociedad necesita disfrutar la existencia a través del arte, necesita ser consciente de sus problemas y plantear soluciones reales... la sociedad necesita más de Carlos Orlando Pardo.

41.230 ALFABETIZADOS

1 2 3 0

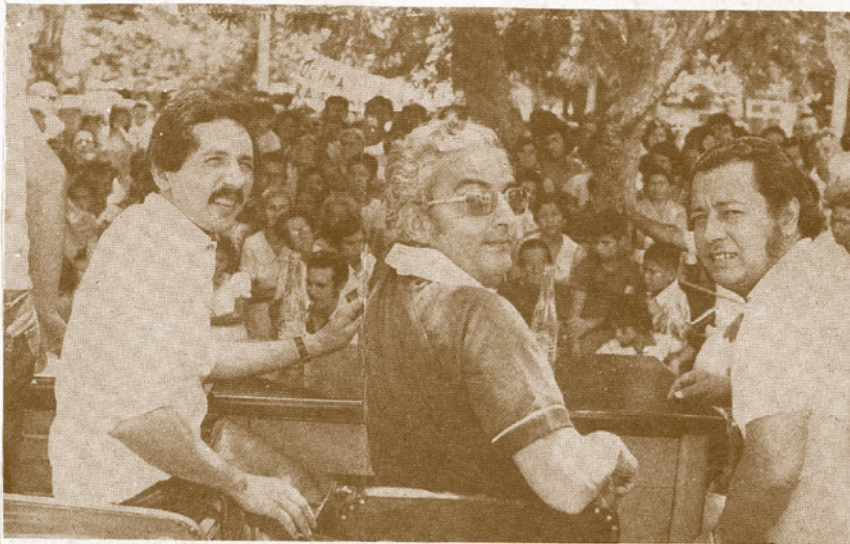
Una Meta que cumplió la Campaña de Alfabetización Masiva en el Tolima

Con tres actos masivos, uno en Armero, otro en Lérica y el último en Ibagué, el gobierno de Miguel Merino Gordillo, se despidió de quienes han sido alfabetizados o han colaborado como voluntarios en el desarrollo de este proyecto, calificado por Merino como el programa bandera y el más importante de su administración.

El Secretario de Educación, Carlos Orlando Pardo; el Director Ejecutivo de la Campaña, Luis Eduardo Chamorro y el Gobernador Merino Gordillo, participaron a fines de la semana anterior en los actos de clausura de la Campaña en los municipios de Armero y Lérica, lugares en los que más de 600 adultos mayores de 14 años recibieron los respectivos carnets de alfabetizados.

UN PROYECTO DE TRASCENDENCIA NACIONAL

“Fue nuestro programa bandera. Esta Campaña Masiva de Alfabetización nos ha permitido a los tolimenses presentarnos ante el país como un pueblo que lucha por el progreso y por la reivindicación social de sus gentes”, dijo el gobernador en el discurso que pronunció en la plaza principal de Armero, ante por lo menos unas 2.000 personas. Merino expresó públicamente su agradecimiento al Secretario de Educación, Carlos Oriando Pardo, ya que fue esa dependencia la encargada de ejecutar el proyecto. Refiriéndose a la labor realizada por el Director Ejecutivo de la Campaña, Luis Eduardo Chamorro



Doctores Guillermo Alfonso Jaramillo y Miguel Merino Gordillo acompañados por el Secretario de Educación Carlos Orlando Pardo

Educar también es fabricar sueños

Juan Felipe Vera Rey*

En 1928, en el Caribe, lejos del ruido de la capital, de la Bogotá de entonces, apaciguaron a tiros de fusil una huelga de trabajadores de la empresa norteamericana United Fruit Company. La masacre de las bananeras se narra en muchos cuentos y novelas, pero no fue un sueño literario, fue un hecho histórico que antecedió, por solo un año, el movimiento de los Bolcheviques del Líbano. Parece fantasía, pero en 1929, los habitantes de este territorio insular se levantaron en armas protestando, y se quedaron esperando a que los obreros del mundo unido se alzarán en todos los rincones de la patria. Nada pasó. La quimera revolucionaria no prosperó y el levantamiento Bolchevique del Líbano, hoy también parece un sueño literario; sin embargo, vientos de cambio soplaban y en 1930

culmina la hegemonía conservadora con la elección del liberal Enrique Olaya Herrera, y al año siguiente se fundaba en el municipio el colegio Isidro Parra, una secundaria para varones enclavada en un lote de la Calle Real que años atrás se había adquirido con fondos del Partido Liberal.

Mucho antes del afamado mayo del 68, antes de que reverdeciera la Primavera de Praga, antes de la Revolución Cubana, ya en el agreste municipio, los estudiantes y docentes del Isidro Parra se habían levantado en diversas protestas. El movimiento estudiantil del Líbano incluía a la comunidad educativa del Instituto Técnico Industrial que, en 1940, fundara Jorge Eliécer Gaitán, mientras fungía como ministro de educación. El ambiente comprometido y beligerante de los jóvenes del municipio, estaba a la altura de otras legendarias instituciones como el Santa

* Estudiante de grado undécimo del Colegio Champagnat e integrante del Taller Permanente de Formación Integral de la Fundación Abrapalabra

Librada de Cali, el San Simón de Ibagué, el General Santander de Honda, el José Eusebio Caro de Ocaña, el Liceo Celedón de Santa Marta y el Camilo Torres, de Bogotá.

Corría la década de los sesenta, periodo turbulento de la historia marcado por macabros acontecimientos de violencia, pero, paradójicamente, pletórico de un despertar intelectual que llegaba a todos los rincones del planeta. Una ola de descubrimientos médicos, técnicos, científicos, culturales, literarios y religiosos; revoluciones políticas y sociales que incluyeron la llegada del hombre a la luna, susurraban que el cambio era posible, que ser mejores no era una utopía, que la educación podía ser el arma más poderosa para transformar el mundo. Ese mensaje caló hasta los huesos de un joven libanense; Carlos Orlando Pardo, que, con tan solo 17 años, inició su carrera como docente. Este homenaje de Vida de Palabras estaría incompleto sino incluyera la dimensión educativa. Sin duda ha sido un gran lector, un impresionante gestor cultural, un legendario escritor, pero, ante todo, ha sido, y sigue siendo, un educador.

Juan Felipe Vera Rey (JV): ¿Cómo inicia su carrera docente?

Carlos Orlando Pardo (CP): Enseñando lo que no sabía. Con frecuencia se escucha decir que, cuando uno no sabe algo, se dedica a enseñar. Esa no es una afirmación muy considerada con la labor docente, pero con 17 años, mi primer reto fue enseñar lo que aún no había aprendido. El segundo reto fue hacerlo con emoción. Lo primero que me inventé con los muchachos de segundo de primaria en Ambalema, fue hablarles del descubrimiento de América. Como quien cuenta una radionovela por capítulos, yo les iba narrando que las tres carabelas atravesaban el mar que arreciaba por el viento huracanado, y ya, cuando la esperanza estaba a punto de naufragar, desde el palo mayor de La Pinta, Rodrigo de Triana gritaba: ¡Tierra a la vista! Y les miraba esos ojos redondotes y asombrados; entonces, sonriendo les decía: la próxima clase continúo.

En lenguaje, les enseñaba la importancia de leer, y como no sabía mucho de matemáticas, le pedía el favor al maestro Fabio Barragán que me diera las

clases de quebrados y yo, a cambio, le daba las de lenguaje.

JV: ¿Cómo fue eso de que se hizo echar de un colegio?

CP: Yo era algo revoltoso. Los estudiantes siempre fuimos un tanto beligerantes, y cuando denuncié a un rector que se robaba la leche y los útiles escolares en Ambalema, llegó el supervisor a averiguar qué estaba pasando y todos los maestros se quedaron en silencio. Las abuelas decían que quien se mete a redentor sale crucificado. El supervisor me miró con recelo y me dijo: “con qué usted es el problemático”, y me mandó al Chorrillo, una vereda de doce casas y una parroquia. Eso no fue un traslado, eso era el destierro, la expatriación, la condena al ostracismo. Yo miré esa tierra cuarteada y más olvidada que los pueblos de los cuentos de Juan Rulfo y dije: ¡Yo no me quedé aquí ni por el putas!

Entré a la única tienda de la vereda y pedí una botella de aguardiente, pero solo vendían por copas. Yo

no tomaba y aún era menor de edad; pero pedí trece copas; todas llenas de aguardiente, y me emborraché. Con cada copa, le arriaba la madre al que llegara: ¡usted es un hijuetantas! Y me zampaba una copa en fondo blanco. La gente estaba asombrada. Si alguien se asomaba por la puerta yo le gritaba: ¡y usted también es un hijuetantas! Y me tomaba la otra. Salí a la puerta de la tienda y empecé a mentarle la madre a todo el que pasaba. Hasta al padre de la iglesia le mente la madre. Cuando trataron de decirme algo, les grité que respetaran a su profesor.

Era una vereda sin aceras. Tuve que dormir en la calle con la cabeza sobre la maleta; y me levanté con un guayabo el verriondo a pedir agua. La única señora que quedaba en la vereda me dijo: - “a un señor tan grosero y loco no le damos ni agua”, a lo que respondí: “señora por amor a Dios un vasito de agua”. Miré para todos lados a ver si alguien me daba un vasito con agua, pero no había nadie: todos se habían ido a acusarme en la Secretaría de Educación. En poco tiempo me llegó el traslado para la escuela Gonzalo Jiménez de Quesada, en Mariquita.

JV: Un inicio bastante atropellado. ¿Cómo continuó su vida de educador?

CP: En Mariquita pensaron que me iba a rajarse profesor porque los estudiantes eran más bien regulares, y estábamos a solo unos días del examen de fin de año; entonces hice algo muy práctico: ¡les enseñé las respuestas! En esos tiempos las evaluaciones se hacían en el patio central, incluso en la plaza del pueblo, frente al secretario de educación y el alcalde. Recuerdo la mirada de asombro de la gente del pueblo al escuchar la pléyade de estudiantes que no fallaron una sola pregunta. En la Secretaría de Educación pensaron que yo era una lumbrera y dijeron: “Ese es el pisco que necesitamos en Ibagué” y Antonio Reyes Umaña firmó el traslado para la capital. Mi padre siempre quiso que viviéramos y trabajáramos en Ibagué, con mi hermano Jorge Eliécer, que también fue docente.

JV: ¿En qué colegio dio clases?

CP: Para mí fue apasionante llegar a la Diego Fallón. Me destaqué en lo posible y pasé de ser profesor de

primaria a dictar clases en bachillerato. En esa época era un reconocimiento porque incluso en primaria, había docentes que no sabían leer ni escribir bien. Los puestos eran muy políticos.

JV: ¿Y usted tuvo formación docente?

CP: En esos tiempos la línea eran las Escuelas Normales. Los normalistas aprendíamos la didáctica y antes de terminar el bachillerato, ya estábamos dando clase. Yo terminé mi Normal. Luego vinieron las facultades de educación y absorbieron la demanda de formación docente. Hice mi licenciatura. Para esa época yo ya escribía y era un ávido lector y no disimulaba mi disgusto con los profesores de literatura, por ser tan malos; entonces me hicieron un sindicato para no dejarme graduar y me tocó irme de la Universidad del Tolima a buscar donde graduarme.

JV: ¿Dónde terminó su licenciatura?

CP: Eso fue algo muy simpático. Me fui a pedir cupo a la Universidad Pedagógica Nacional en Bogotá, y el



doctor Peñalosa, rector de la universidad, pensó que yo iba por la vacante de docente y me dijo: “Que alegría tenerlo aquí como profesor; será muy satisfactorio para nuestros estudiantes de la Licenciatura de Español y Literatura” y de una vez me nombraron para ser profesor. Terminé mis estudios y al mismo tiempo daba clases. Estuve muchos años siendo profesor en la Pedagógica; luego fui jefe de Primaria, después jefe de la división Técnico-Pedagógica y, finalmente, secretario de educación.

JV: ¿Cuál fue su mayor reto o su mayor contribución como secretario de educación?

CP: La lucha contra el analfabetismo. Siendo secretario de educación percibí que uno de los principales problemas era el analfabetismo; superaba el 27% en el Tolima, gente que no sabía leer ni escribir su propio nombre; entonces me inventé la campaña de alfabetización del Tolima, que bauticé con la frase: “Tolima, territorio libre de analfabetismo”. Empezamos por Ambalema, donde fui maestro por primera vez, como para resarcirme con los de la vereda del Chorrillo. Ese fue el primer territorio libre de analfa-

betismo, y German Santamaría, cronista estrella del periódico El Tiempo, sacó a cuatro columnas en primera página “Ambalema, primer territorio libre de analfabetismo en Colombia”.

JV: Supe que recibió un reconocimiento por ese trabajo.

CP: Un día el presidente de la república llegó a Venadillo. Había leído la crónica y yo le eché el cuento. Me dijo: — “Esto hay que hacerlo a nivel nacional”—, y se convirtió en la campaña nacional de alfabetización “Simón Bolívar”. En el Tolima alfabetizamos más de 132 mil ciudadanos mayores que ya no iban ciegos por la vida, y en el país logramos alfabetizar a cerca de cinco millones de colombianos. Cuando llegó Belisario le cambió el nombre de la campaña, le puso “Camina”, la burocratizaron y llenaron de cargos políticos. La nuestra fue una campaña hecha con amor y por la misma gente. Yo me reunía con todo el mundo, con egresados, con padres de familia y los comprometía. Hasta a los del sindicato: les dije —“No jodan, si quieren enseñen que con M se escribe Marx y no mamá, pero enseñen; que todos sepan leer y

escribir... ¿o acaso no queremos cambiar el mundo?—

JV: ¿Y cambió el mundo?

CP: Tal vez sonaba pretensioso en esos tiempos, pero tengo anécdotas que aún me emocionan. Esa campaña fue linda porque el examen para los que aprendían a leer y escribir era redactar una carta y leerla en voz alta delante de otros estudiantes y docentes, para saber si captaban bien la idea. Recuerdo una de las cartas que me conmovió. El viejo pasó adelante y con las manos temblorosas leyó:

“Antes de morir, mi madre me dijo: - espero que, si tú me quieres, algún día sepas escribir mi nombre. Hoy he escrito el nombre de mamá y fui al cementerio, le cambié las flores y le conté llorando que han pasado los años y ya se escribir su nombre... ¡por fin lo hice mamá! ¡Por fin lo hice!”.

Ese día lloré con mi estudiante. Supongo que a él le cambió un poco la vida. He recibido muchos premios y reconocimientos como escritor, pero esa sen-

cilla carta, cuando la recuerdo, todavía me da mucha nostalgia.

JV: ¿Recuerda alguna otra carta?

CP: Eran varias. Recuerdo la del trabajador que confesaba que siempre tomaba el bus por el color, y a veces, le coincidía el color del bus con otra ruta y terminaba lejos del trabajo; le tocaba devolverse caminando y llegaba con la camisa toda sudada. En su carta decía – *“Ya sé tomar el bus, ya no me confundo con los colores. Ahora puedo leer la ruta. Creo que después de tantos años, ahora sé para donde voy”.*

JV: Hoy, mientras hacíamos la producción del audiovisual del homenaje Vida de Palabras, los estudiantes le preguntaron quién es Carlos Orlando Pardo y usted contestó lacónicamente: “soy el gerente de una fábrica de sueños”. Ellos hablaban con el escritor, pero yo estoy hablando con el profesor Pardo, así que quiero preguntarle ¿quién es Carlos Orlando cómo docente?

CP: Sigo siendo el gerente de una fábrica de sueños.

JV: ¿Prefiere el escritor o el educador?

CP: Ser escritor me ha dado cierto reconocimiento y prestigio, pero haber sido profesor a lo largo de mi vida, es el oficio que me ha dado más satisfacciones; alegrías sencillas que, en verdad, han estremecido mi corazón. Recuerdo ahora una de las promociones del colegio Externado de Bachillerato; cumplían 50 años de haberse graduado y me invitaron a su encuentro de egresados, y lo hicieron porque, según ellos, no solo les había enseñado a leer bien y a escribir mejor, sino a querer la literatura.

En la reunión había coroneles retirados de la policía, un sargento, un abogado, un historiador como Hernán Clavijo, de la Universidad del Tolima, profesores al estilo de Libardo Vargas; todos fueron mis alumnos. Me hicieron el homenaje y les pregunté: - “Bueno muchachos, informe de lectura, ¿qué están leyendo hoy?” Todos estaban leyendo algo y recordaron el libro que años antes les había enseñado. Llegó gente de todo el país, gente que no se veía hace treinta o cuarenta años: yo solo tenía ganas de llorar, conmovido por el curso que habían tomado sus vidas.

...

No hice más preguntas. Nos pusimos a conversar. Frente a mí estaba un hombre sensible y un verdadero educador; el profé Pardo. Alguien dijo que la educación es eso que sobrevive cuando todo lo aprendido se olvida. Algún día todos seremos el olvido; hasta entonces, sobrevivirá en mi memoria el recuerdo de ese fabricante de sueños que me enseñó el revolucionario valor de las cosas pequeñas, que hay algo de grandeza en los pequeños pasos, que hacer la diferencia está en todos y cada uno de nosotros, y que la historia, también se escribe con diminutos garabatos, en la carta para una madre ausente, o en la simpleza de quien aprende a leer, en el letrero de la ruta de un colorido bus urbano, el camino de su propio destino.





Carlos Orlando Pardo: El docente, el héroe sin capa

Heylenn Daiana Cardozo Torres*

Carlos Orlando Pardo era tan solo un pequeño clibanense cuando su familia le sembró el amor por la literatura. El tiempo lo llevaría a tomar la decisión de aventurarse en la docencia. Su padre Pablo le contaba historias, su madre Inés seleccionaba cuentos clásicos que lo seducían, y ¿su tía? No se alcanzan a imaginar lo que su tía Sofía hacía cada vez que se portaba mal: lo encerraba en la biblioteca de su tío para que se aprendiera de memoria algún capítulo de Don Quijote.

Pardo se dirige hacia la silla de tapicería roja de madera tallada, perteneciente a Simón Bolívar, según afirman en la Casa de la Cultura del Líbano. Al tomar asiento, sus ojos, que parecen media luna por el párpado caído, reflejan tranquilidad. Los centenares

de fotografías colgadas en las paredes blancas a nuestro alrededor, en donde se encuentran las personas que marcaron la historia del municipio, le evocan recuerdos. Las cámaras, los micrófonos, las libretas y las plumas están listas para hacer anotaciones, para redactar preguntas que acercarán a los nerviosos periodistas y licenciados en formación y a sus maestros al mundo de este escritor, editor, historiador y profesor, que sin tener capa, salvó del analfabetismo a miles de tolimenses y veló por los derechos de los docentes cuando fue secretario de educación departamental.

—*Fui maestro de primaria, secundaria y universitario. Allí me di cuenta de que muchos estudiantes y personas del común no sabían leer y escribir* —afirma Pardo.

Hubo un tiempo en el que Pardo viajó a Cuba, allí observó las campañas de alfabetización que se realizaban para mejorar la calidad educativa, y, al confirmar

* Estudiante de IX semestre de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad del Tolima

que funcionaban desarrolló una con apoyo del gobernador. En 1983 recibió la condecoración Honor al alfabetizador en su categoría Gran cruz por fundar, organizar, dirigir y ejecutar la campaña masiva de alfabetización en el Tolima. Sobre el analfabetismo, afirmó Pardo en el periódico El Tiempo (2004):

"A todo parecer existen tres grados en la condición de analfabeto. El analfabetismo por impotencia, de quien no conoce las letras; el analfabetismo por inacción, de quien, conociéndolas, no pone en ejercicio ese conocimiento o sea que no lee, y el analfabetismo por incuria mental, que así puede ser llamado al de los individuos que no leen más de lo que de ellos exigen sus diarias ocupaciones profesionales. En cuanto a la primera, contamos en el Tolima con la rutilante cifra de más del 11% en una población de 15 años o más y un 60% de instituciones educativas en categoría baja, inferior y muy inferior".

En su último desplazamiento por la violencia, salió de Bogotá hacia Ibagué, en donde tuvo su primer nombramiento como maestro en el Chorrillo, una vereda de Ambalema. Él no quiso quedarse ahí, así

que lo trasladaron a Ambalema, donde creó una revista literaria y un centro cultural que le permitió trabajar con los estudiantes, mientras los maravillaba con historias. Allí estuvo cerca de dos años, luego se trasladó a Honda, pero su estadía fue corta. Cuando regresó a Ibagué ya era un docente experimentado, por tanto, le ofrecieron trabajo en un colegio de la ciudad. A su aula llegaron personas mayores que él, pero con la oralidad que lo caracteriza logró enamorarlos de la literatura y la lectura.

Primero hay que culturizar a la gente, alfabetizarla y ahí si darle libros— continúa el maestro mientras toca los pequeños callos que le aparecieron en sus nudillos por morderlos cuando está ansioso.

Fue un hombre audaz que mezcló su labor como docente y escritor, cuando decidió transgredir el canon de las obras que se incluían en el pensum de los colegios, así que, contra la voluntad de muchos profesores tradicionales, llevó al salón de clase las obras que su editorial publicaba, llevó incluso sus propias obras, ¿A ustedes se les ocurre una mejor estrategia? El maestro, el escritor y sus obras, los tres en uno, los



*Jairo Restrepo, Óscar Godoy, Álvaro Hernández, Carlos Orlando Pardo, Álvaro Medina,
Benhur Sánchez, Magil, Carlos Pardo Viña, José Luis Díazgranados, Flaminio Rivera, Jorge Eliécer Pardo
Héctor Sánchez, Hugo López, Fabio Martínez y Fernando Soto Aparicio
(Biblioteca Darío Echandía, Ibagué, mayo 17 y 18 de 2008)*

tres en el aula motivando a los estudiantes, emancipándolos y quitándole los velos, siempre desde el pensamiento crítico.

—Para mí lo más inolvidable de cuanto he logrado cumplir como meta en la vida, es mi vida como docente. Fueron momentos demasiado felices, y aún hoy, me reencuentro de manera permanente con educandos y gente que jamás dejó la costumbre de leer y eso para mí es muy importante — dijo Pardo hace seis años en una entrevista realizada por Eduardo Chamorro para el periódico El Nuevo Día.

Su primer cargo político fue en la Gobernación del Tolima como jefe de primaria, allí empezó a trabajar por los docentes. Luego de esto, fue el primer Licenciado de la historia del departamento en ocupar el cargo de secretario de educación departamental. Una vez posicionado recordó las veces que en su rol como docente recibió el salario con retrasos, y como si fuera poco, en varias ocasiones les cancelaban a sus compañeros y a él con botellas de aguardiente y no con dinero.

Esta experiencia lo motivó a combatir dicha situación de raíz, para dignificar los esfuerzos diarios de aquellos maestros que se desvelaban planeando sus clases para despertarse a las 5:00 am y dirigirse a un salón en donde orientaban con paciencia y esperanza a 38 o 40 estudiantes. Desde entonces, a ningún maestro se le volvió a pagar a destiempo.

Promovió encuentros de docentes por la literatura al hacer congresos literarios, donde los profesores podían conocer a los autores, leían sus libros, los dialogaban y creaban diferentes estrategias didácticas para llevarlas al aula de clase. También trabajó en modelos para la promoción de la lectura, tanto a nivel municipal como departamental, masificando la entrega de enciclopedias y libros en los colegios del Tolima.

Estuvo comprometido con la educación departamental y, en ocasiones, prefirió poner en riesgo su propio patrimonio, su casa, antes que dejar de publicar, sin costo, a esos autores que llevaba al aula. Ha difundido sin cansancio la literatura con el objetivo de tomar de la mano a las personas que se encuentran en un

pozo a punto de ser fracturadas con el péndulo de la ignorancia y sacarlas por completo de esa oscuridad.

Además de realizar esfuerzos por la educación, ha sobresalido como escritor, investigador, periodista, historiador, compositor y otras facetas que le han permitido realizar diversos aportes socioculturales. Entre sus novelas se encuentran: *Lolita Golondrinas*, *Cartas sobre la mesa*, *El beso del francés*, *Benjamín se fue a la guerra* y *Las noches de la espera*; ha publicado los libros de cuento *Los lugares comunes*, *La muchacha del violín*, *Un cigarrillo al frente y otros relatos*, entre otros; en su trabajo como periodista, realizó una investigación amplia sobre la catástrofe de Armero: *Los últimos días de Armero*; siendo historiador, recopiló, ordenó y difundió la historia del departamento a través de la *Enciclopedia Cultural del Tolima* y *Manual de historia del Tolima*.

Hoy, el maestro Pardo vive de la pensión que durante 16 años ganó con arduo trabajo en la docencia, también recuerda con cariño aquellos tiempos y comparte con gran humildad todas sus hazañas. Tiene

corazón de roble, una sonrisa impecable como si tuviese perlas brillantes y una energía tan extraordinaria.

Camina con paso rápido por las calles del pueblo que lo vio crecer y cuenta historias al grupo de universitarios que lo acompañan. Pardo es escritor, editor, compositor, investigador, pero también ha sido y continúa siendo, esencialmente, un maestro, un héroe sin capa.



Un hombre de historias

Peter Julián Montero*

Inés dio a luz a su primogénito. Era una adolescente de tan sólo 15 años que se fue a vivir al Líbano, Tolima, huyendo de las clases de violín y de los escenarios donde se presentaba con su hermana Sofía ante los más grandes intelectuales de la época. Los recuerdos tristes de crecer sin su mamá, que creía que había muerto a pocos meses de su nacimiento, se apaciguaron al ver las manitos y pies inquietos de su hijo. Le sirvió crecer en un ambiente rebotante de intelectuales, incluyendo a su papá Arturo, que fue uno de los fundadores del Partido Comunista Colombiano, para componer canciones y poemas al lado de la cuna para el infante. Aquel niño fue bautizado como Carlos Orlando Pardo Rodríguez, aunque años más tarde, cuando ganó un concurso nacional de cuento corto, Gabriel García Márquez lo bautizó como el campeón de las doce líneas.

Creció en un ambiente bastante común para los habitantes del Líbano. Dar vueltas por el parque, ver a su padre como chófer y observar a los comerciantes emborracharse en las cantinas del pueblo; sin embargo, su madre Inés se esforzó por brindarle toda la cultura que tenía a su alcance. Le leía poemas, cuentos y le cantaba canciones. Inés creció huérfana de madre, pero les inculcó a sus hijos el amor por las historias y el arte, el mismo amor que recibió de su padre, quien las hacía recitar y cantar con los amigos involucrados en la cultura bogotana y llanera, adonde viajó para liderar las organizaciones de la petrolera Shell. Arturo siempre sacaba pecho por el talento de sus hijas y siempre pedía que las escuchasen recitar y cantar.

Fueron conocidas como las Alondras del Llano, alcanzaron fama y al regresar a Bogotá, participaron en teatro y diferentes tertulias. Tuvieron la oportunidad de ir a Ciudad de México a desarrollarse aún más como artistas. Sin embargo, Inés se enamoró de

* Estudiante de IV semestre de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima

Pablo, un moreno que la conquistó y le pidió matrimonio. Bajo el consejo de la tía Mercedes se escapó con él. Al llegar donde sus suegros, contempló la situación en la que estaban y quiso devolverse. Su suegra la recibió con cara seria.

—¿Sabe cocinar con leña?

Y así pasó, de vivir en la gran urbe, cantando, tocando violín, compartiendo con artistas, a cocinar con leña.

La violencia en Colombia en los últimos 150 años ha estado presente de diferentes formas en todas las personas, algo que no fue ajeno a la vida de Pardo y su familia. Su papá Pablo era liberal y muchas veces le tocó irse por el monte a salvar su vida. A los niños no los dejaban salir por miedo a una bala perdida o encontrar cuerpos en los ríos, lo que provocó el encierro de la joven madre con sus siete hijos. A pesar de esto, es poco el espacio que tiene la violencia en su obra, a excepción de *El beso del francés* y de *Las noches de la espera*, publicada en 2022. Muchas veces tuvieron que abandonar el Líbano, y cómo la quinta

es la vencida, esta vez, por decisión de Inés, se fueron a vivir un tiempo en Bogotá, donde Sofía, quien ya era una reconocida actriz y profesora de teatro.

Su padre tomó la decisión de regresar al Tolima, esta vez a Ibagué. Allí, los hermanos mayores debían ayudar en la economía de la casa y para ello, les consiguieron a estos jovencitos, que no terminaban aún su colegio ni eran mayores de edad, puesto como profesores. A Carlos Orlando en Ambalema y a Jorge Eliécer, su hermano, en Honda. A los cuatro meses los trasladaron a Ibagué.

Sus primeros textos fueron publicados en el suplemento literario de El Cronista, luego participaron en algunos concursos nacionales y regionales, a veces como ganadores y otras como finalistas.

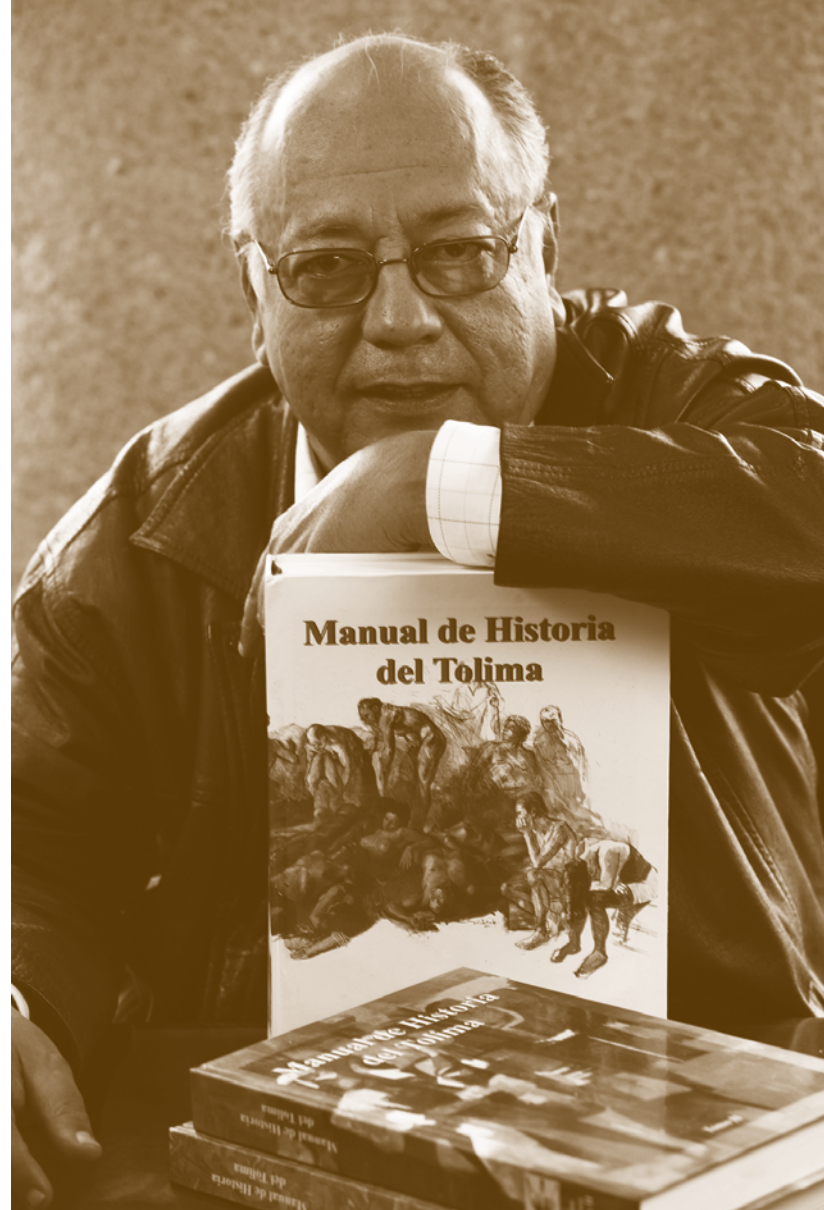
Aún conserva el tono de profesor, la energía para contar historias, y la costumbre de madrugar a escribir, acompañado de café y cigarrillos. Sus gafas delatan sus ojos cansados y más ahora que usa su portátil con la habilidad de un millennial. Su fuente de energía es la literatura, lo rejuvenece.

—He sido demasiado perezoso para escribir, de ahora en adelante si lo haré en serio — dice con una sonrisa

Inculcó a su hijo Carlos Pardo Viña, así como su mamá lo hizo, el amor por las letras, comprando libros cada semana para que los leyese y luego conversar sobre ellos. El parecido físico entre padre e hijo supera las semejanzas intelectuales. Pardo Viña es periodista, escritor, profesor y socio de su padre en la editorial. Son de tez blanca, robustos y de una sonrisa explosiva detrás de un ceño que mantienen fruncido. De un humor picante y mucha disciplina.

El amor ha sido fuente primordial para muchas de las decisiones que tomaron sus antepasados, especialmente su mamá y él no es ajeno a esto.

Carlos Orlando Pardo es un hombre hecho de historias... las que recibió de su madre, las que construyó a lo largo de una vida cimentada en palabras y sueños, las que inculcó a sus hijos, las que sigue escribiendo, las que llenan las bibliotecas del país, las que lo hacen no sólo el más importante escritor del Tolima, sino uno de los símbolos culturales del país.





Pijao Editores

Camilo Mahecha Lugo*

Este año cumplió medio siglo de existencia, la editorial regional más importante del Tolima y de Colombia: Pijao Editores, conocida y estudiada internacionalmente, con más de 800 títulos impresos y una suma amplia de relevantes escritores publicados bajo su sello.

Pijao Editores fue la idea de Carlos Orlando Pardo; un hombre moreno, de raíces libanenses, con porte de poeta, que habla siempre como narrador. En esos tiempos tendría 25 años. Su oficio era el de maestro de instituciones educativas y aún no era conocido en el mundo literario nacional, aunque ya había ganado unos cuantos concursos.

La editorial comenzó llamándose Ediciones Pijao,

* Estudiante de III semestre de Derecho de la Universidad del Tolima

pero Pardo se dio cuenta de que, aunque él y su hermano estaban tan jóvenes que no los conocían sino en la casa, en el Líbano, o en Armero, como él mismo afirma, suplicaba convertirse en un movimiento que gritara las raíces, la rebeldía, la historia y las voces del Tolima. Con plata prestada que consiguieron a nombre de sus salarios como maestros, juntó cuatro cuentos suyos y cuatro de su hermano Jorge Eliécer, que se convirtieron en la obra *Las Primeras Palabras*, publicada en 1972. Fue el inicio de una larga travesía.

Con eso iniciamos una editorial que se pareciera a la región, con un nombre de rebeldía, y por eso se llamó Pijao Editores — recuerda Pardo.

Pijao Editores se estableció rápidamente como una editorial sólida en el Tolima. En la década de los ochenta publicó las primeras obras de autores que se

convertirían en protagonistas de la literatura nacional e internacional, además de antologías, libros de cuentos, novelas y poemarios.

Quizá el primer hito de la editorial fue *Protagonistas del Tolima Siglo XX*, publicado en 1995, con más de 700 páginas que reúne crónicas, perfiles y biografías de las más importantes personalidades del Tolima durante el siglo pasado. El libro no es sólo una recopilación de la historia de 133 personajes del Tolima que habían sido paradigma a nivel nacional, desde 1900 hasta su fecha de publicación, sino que permitió a Pardo un nuevo sueño: recuperar la memoria histórica y cultural del departamento, a través de su editorial.

En medio de esa quijotesca aventura, en 2002 nace la *Enciclopedia Cultural del Tolima*, presentada en cinco tomos, que contiene los títulos de *Diccionario de Autores del Tolima*, *Músicos del Tolima siglo XX*, *Poetas del Tolima siglo XX*, *Cuentistas del Tolima siglo XX*, *Novelistas del Tolima siglo XX* y *Pintores del Tolima siglo XX*.

En 2007, Carlos Orlando Pardo publica *Manual de Historia del Tolima*, una maravilla de la investigación y sintetización de los sucesos de importancia para la región, así como su fiel representación, distinta a las anteriores que estaban “distorsionadas”. En el Manual participaron una veintena de los mejores historiadores del departamento. Dividido en tres tomos, con 1.490 páginas, 27 autores y 34 ensayos, es la obra histórica más importante del departamento.

Con el avance de la tecnología, la influencia de Pijao Editores no solo se hizo en el papel, sino que comenzó a presentarse en formatos digitales. Ese es el caso de Tolima Total, que Carlos Orlando Pardo dirigió, junto a su hijo Carlos Pardo Viña, realizando una enciclopedia digital que recopila todo el trabajo investigativo de Pijao Editores hasta el momento. El DVD multimedia fue publicado en 2010 y entregado en todas las instituciones educativas del departamento, convirtiéndose, en 2022, en página web, alojada en la página oficial de la Gobernación del Tolima.

Pijao Editores siguió publicando en este nuevo milenio y en 2017 lanzó la *Colección Digital del*





Cuento Contemporáneo, con el contenido de cincuenta cuentos y dos antologías completamente digitales, publicadas en formato epub, diseñado para libros electrónicos. Esta colección se vendió a muy bajo costo y reunió a los mejores representantes de este género, no solo en el departamento, sino también de toda Colombia.

En 2018, Pijao Editores saltó al escenario internacional con el I Encuentro Internacional de Colombianistas, una reunión donde distintos críticos e investigadores, doctores en literatura, de universidades de Estados Unidos, Europa y otros países de Latinoamérica, asistieron para presenciar y analizar las obras tolimenses más influyentes de los últimos tiempos. A partir de ese momento, Pijao lanza su colección de ensayos sobre literatura regional, un esfuerzo por consolidar la memoria literaria territorial que Pardo inició con las primeras antologías en la década del 80.

Del miércoles 07 al sábado 10 de septiembre de 2022, en el marco de la celebración de los 50 años de Pijao Editores, se realizó la segunda versión del Encuentro de Colombianistas en la Biblioteca Darío

Echandía, ubicada en Ibagué, con apoyo de la Dirección Departamental de Cultura. Asistieron al evento representantes de doctorados e investigadores de distintos países como Perú, Estados Unidos, México y España, junto con un abanico de críticos literarios colombianos.

Allí lanzaron la colección *Pijao Editores 50 años* dividida en dos partes; la primera es la colección de ensayos, producto del Encuentro Internacional de Colombianistas siglo XXI, conformada por 20 títulos; y la segunda es la colección de ficción, que contiene los 800 títulos de la editorial en sus 50 años, ambas colecciones divididas en varias obras. También se presentó *Las otras palabras*, obra realizada en conmemoración a su primera publicación *Las primeras palabras*, título que escribieron juntos los hermanos Pardo, ya hace 50 años

Pijao Editores ha sido esencialmente el sueño de los Pardo, rescatando la memoria del Tolima fundando una empresa cultural que es pilar del departamento y orgullo nacional.





El hombre que narró la tragedia de Armero

Adriana Lucía Castillo Triana*

"Recuerdo que Armero era como el centro de vacaciones para los que vivíamos en el Líbano. Cuando era niño, siempre íbamos en Semana Santa y en los recesos escolares a visitar a la familia. Nos quedábamos en casa de mi tía Belén, la hermana menor de mi padre. Recorría todas las calles del pueblo y conocía perfectamente cada rincón, cada esquina, cada calle, cada árbol, mango a mango, café a café", dice Carlos Orlando Pardo mientras sus ojos melancólicos se pierden en las imágenes de la que un día fue "La ciudad blanca".

Pardo es un escritor oriundo del Líbano, Tolima, su amplia trayectoria y su lucidez en el mundo de las letras lo han llevado a ser considerado una de las figuras más influyentes de la literatura y el periodismo a nivel nacional. Es un hombre polifacético; se ha destacado

por su papel como escritor, editor, educador, historiador y gestor cultural. La experiencia llevó al maestro a escribir uno de libros más vendidos en Colombia en la década de los ochenta: el primer libro que habló de la tragedia de Armero. Un libro memorioso y sentido que surgió en medio del impacto y del dolor de haber perdido buena parte de su familia.

Cuando ocurrió la catástrofe, el escritor tenía 38 años, de los cuales varios fueron compartidos en anécdotas vividas con sus primos de Armero. Historias que residen en su memoria y que ni el lodo ni los escombros pudieron sepultar. Tras enterarse del suceso, atónito y confundido, lo primero que hizo fue dirigirse a Lérida para averiguar si habían quedado sobrevivientes de su familia. Al llegar, se estrelló con una amarga e irremediable realidad: más de 30 miembros de su familia yacían bajo las ruinas. Solamente quedaron con vida dos de sus primos, Jaime y Gabriel.

* Estudiante de IX semestre de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad del Tolima



—Podría decirse que la única que se salvó de la tragedia fue mi tía Belén, porque la avalancha no alcanzó a llegar al cementerio y ella se encontraba enterrada ahí hace mucho —replica Pardo, tratando de rescatar un poco de humor ante lo doloroso de los recuerdos.

Pardo cayó en la profunda reflexión de que se habían borrado tantos integrantes de su familia, que ya hasta le parecía que se podía borrar su apellido. Sintió que era necesario que la historia de Armero fuera contada, como una suerte de homenaje a aquel pueblo desaparecido, a los sobrevivientes, a los suyos y a los más de 20.000 colombianos sepultados vivos. Su libro *Los últimos días de Armero*, devela al periodista cultural, al cronista, al investigador, al escritor, pero, sobre todo, a alguien que fue capaz de alzar la voz en contra del gobierno de turno que se rehusó a evitar aquel holocausto.

La escritura del libro fue difícil y angustiada, tal como señala Germán Santamaría en el prólogo *Armero Inmortal*: “*El libro fue escrito con asombro y pasión, con dolor y miedo*”. Durante un mes, Carlos Orlando Par-

do entró en una vigilia casi sempiterna. Una taza, dos tazas, tres tazas de café lo acompañaban en su desarrollo. Eso sin contar el arduo trabajo de investigación y entrevistas realizadas. Apoyado de las reminiscencias de su infancia y la colaboración de algunos colegas educadores, recolectó información acerca de Armero: sus parques, sus colegios, sus lugares turísticos, su iglesia, su hospital, su gente. Todo lo que nació en el pueblo que agonizó aquel 13 de noviembre de 1985, y que ahora solo existe en la imaginación, fue reconstruido por él.

—*Yo me pregunté qué canal de televisión estaban viendo ese día en Armero, qué decían los medios de comunicación, qué había pasado ese día en el país y en el mundo* —afirma Pardo— *De ese modo, comencé a rehacer la vida cotidiana a base de investigación y búsqueda.*

Después de asimilar todos los hechos y sabiendo que había tanto por contar ¿Por dónde empezaba? Decidió que, si se iba a hablar de la memoria de un pueblo, se tenía que hablar de memoria universal. En las primeras páginas, el Pardo historiador se hizo presente. Su mente voló a fechas y tierras lejanas, a sucesos

LOS ULTIMOS DIAS | *Vida, pasión y muerte de 30.000 colombianos sepultados vivos* DE ARMERO

Carlos
Orlando
Pardo



PLAZA & JANS
P & J
EPOCA

desconocidos por muchos, a erupciones olvidadas. Primero voló a los lugares que se enfrentaron a un destino similar al de Armero. Voló a Martinica en 1902, al cataclismo volcánico del monte Pelée. Voló a México en 1943, al nacimiento del volcán Parícutín. También voló a tragedias que sí se evitaron. Voló a Islandia en 1973 cuando el monte Helgafell entró en erupción, pero no hubo ni un solo muerto debido a la evacuación oportuna. Voló con su lápiz por muchos lugares más, para aterrizar en el papel y centrarse de lleno en la erupción del nevado del Ruiz, el mal llamado “León dormido”.

Con su implacable forma de escribir, el maestro Pardo plasmó en su libro muchas historias de aquel miércoles 13 que, sin ser santo, fue de ceniza. Historias como la del grupo de estudiantes de agronomía y veterinaria de la Universidad del Tolima que se encontraban en la Granja de Armero y que, sin preverlo, se convirtieron en los primeros rescatistas. Historias vividas en urgencias del hospital Federico Lleras Acosta, al cual se dirigió para entrevistar a los médicos.

—*Yo también quise reconstruir a los sobrevivientes, entonces hablé con Fabio Morales que era el jefe de urgencias del hospital. De veinte personas, decidían que vivieran solo tres. No alcanzaban ni las camillas, ni los médicos, ni los remedios, ni nada. ¡Era algo de dimensión nazi!*—evoca el escritor mientras sus ojos se agrandan, sus cejas se levantan, sus pupilas se dilatan y sus manos se abren expresando el asombro que aún le generan las imágenes de aquella visita.

Con todo lo visto, escuchado y sentido, Carlos Orlando Pardo llegó al apartado más conmovedor de su obra: Trece historias de un trece. Sin perder la objetividad que caracteriza al periodista, retrató una serie de historias impactantes por medio de una exaltación del lenguaje. Quien no conociera los hechos, podría creer que se trata de algo puramente literario. Entre esos relatos, destaca *El vuelo de Omaira*, donde se reconstruyó la partida de quien se convirtió en el símbolo mundial de la tragedia para traducirla en la sublime imagen de un pájaro. “*Un pájaro que voló libre. Un pájaro valiente. Un pájaro que observó el nevado del Ruiz y no tuvo miedo. Siguió volando hacia un*

paisaje donde encontraría a los otros niños pájaros que jugaban con ella en la escuela”.

En *Los últimos días de Armero*, Carlos Orlando Pardo no sólo reconstruyó los hechos, no sólo contó la tragedia, no sólo conmovió a sus lectores. Su libro se configuró como una denuncia pública hacia el entonces gobernador del Tolima, quien en medio de su inhumanidad declaró que lo de Armero era un caso sin importancia. Una persona que se mostró reacia a los llamados de alerta y se negó a dar la orden de evacuación. En el apartado *Constancia para recordar*, el escritor expone con determinación la negligencia y cinismo de las acciones de Eduardo Alzate García. Esto les permitió a los colombianos conocer la verdad de los hechos y desenmascarar a los culpables de una tragedia anunciada que fue ignorada totalmente.

Luego de más de un mes de insomnio y muchas tazas de café, investigando, entrevistando y escribiendo, culminó su libro. En ese momento se enfrentó a otro gran interrogante: ¿Qué nombre le pondría? Pensó en muchas opciones, hasta que recordó la novela *Los*

últimos días de Pompeya, que cuenta la historia de una ciudad arrasada por la erupción del monte Vesubio en el año 79. De ahí se inspiró el nombre de su libro *Los últimos días de Armero*.

El libro que tuvo un impacto enorme, tanto así que se vendieron más de 100.000 ejemplares por todo Sur y Centroamérica. El libro más leído en el año 1986 junto a *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel García Márquez según el diario El Tiempo. El libro que nació del dolor ante la pérdida, y de la indignación por un gobierno indolente. El libro que cuenta la historia de Armero, el pueblo que ya no existe, pero que el maestro Carlos Orlando Pardo Rodríguez conocía perfectamente, calle a calle, mango a mango, café a café.

25 | 8
ABRIL | MAYO
EN CORFERIAS



30



TODOS SOMOS

Escritores al atardecer

Ricardo Cadavid*

No para de llover. La calle real está llena de barro. Siete chicos escampan bajo el techo de una vieja casona de madera, junto al Café Águila, en lo que anteriormente fuera el Teatro Olaya del municipio de El Líbano. En la vieja casona ya no se proyecta cine y luce abandonado, pero años atrás vivió hermosos tiempos de gloria, cuando la población se agolpaba a las afueras para comprar las boletas para ver el espectáculo del cine sonoro. Aníbal Ávila era el operario de proyección y desde un pequeño cuarto en el segundo piso, encendía la cámara RIC Súper Suplex, dos má-

quinas Hall y un generador eléctrico diésel, por si la luz fallaba.

Durante la década de 1940, ese punto geográfico de la plaza recibía el tumulto de personas que se agolpaban en este teatro, propiedad de Leónidas Arango Tamayo. El hermoso Teatro Olaya, al igual que el Teatro Olympia y el Teatro Colombia, constituyeron el centro de la vida cultural y artística del municipio. Por casi 20 años se proyectaron muchas películas en esa casona de dos pisos en el costado occidental de la plaza, e incluso actuaron allí grandes figuras de compañías teatrales como la de Luis Enrique “El Mono” Osorio o Carlos Emilio Campos, “Campitos”.

Los chicos continuaban escampano, aunque por la cubierta del tejado se colaban enormes goterones que mojaban la cabeza del grupo que se apretujaban para resistir el frío. Ya estaban allí Alejandro Salazar, Dayro y Hayden González Ávila, Manolo

* Coordinador del proyecto Vida de Palabras. Gestor cultural, columnista, narrador y comediante, psicólogo. Asesor de la Fundación Abrapalabra.

FUENTES: Para la elaboración de esta crónica fueron consultados, entre otros, los siguientes textos: “Crónicas de Musgonia” (Leonidas Arango). “Recuerdos de mi aldea (Eduardo Santa). “Breve historia del cine mexicano” (Emilio García Riera). “La gran caravana del western: Las 100 mejores películas del Oeste” (Javier Coma). De igual manera se consultaron páginas de internet y se realizó una entrevista con el escritor Carlos Orlando Pardo.

Pineda, Rodrigo García y Germán Arango. Esperaban a los hermanos Carlos Orlando y Jorge Eliécer Pardo para completar el grupo.

Huele a tierra mojada y la madera de la vieja casona cruje cada vez que un trueno retumba. Si los chicos hubieran pegado sus orejas sobre las paredes de tablonés chirriantes, habrían podido escuchar las viejas canciones que se quedaron a habitar los amplios corredores, que se negaron a partir después de que grandes artistas, como los boleristas mexicanos Quezada, Sedano y Prado, cantaron en el salón principal: “Júrame, que aunque pase mucho tiempo no olvidarás el momento en que yo te conocí” ... Así, despacio, tenue y casi como un rumor bajito, habrían escuchado ese tema del conjunto de boleros mexicanos Los Tres Diamantes; y allá, en el fondo, entre el humo de un cigarrillo, habrían visto la sombra de la argentina Libertad Lamarque, susurrando “Caminito que el tiempo ha borrado, que juntos un día nos viste pasar, he venido por última vez”. Grandes figuras visitaron ese pueblo perdido entre siete montañas; como quien visita la ciudad de Roma, atravesando sus siete colinas.

El pueblo contaba con empresarios pujantes que luchaban para que esa pequeña aldea pudiera ser un territorio cosmopolita y recibir figuras de la talla de Régulo Ramírez, la Actriz Sofía Álvarez o la cantante de tangos Libia Ochoa.

Los hermanos Pardo llegaron presurosos, con sus busos de lana empapados, soplando las manos para calentarlas con su aliento. Carlos Orlando, el mayor, aún no cumplía 11 años. La emoción los invadía. Era cerca de la hora señalada. Estaba por empezar la función de cine, pero es espectáculo no era en la vieja Casona del Olaya ¡Nada de eso! Justo en el otro costado de la plaza, en la parte oriental, se alzaba, elegante y majestuoso, el Teatro Andino, con un enorme e imponente auditorio para 1.400 personas, que fue construido por el ingeniero Carlos A. Puerta Londoño. El Andino contaba con salón de baile y heladería propia, una amplia programación de películas y una silletería cómoda y abullonada. Frente a semejante imponente edificio, qué podían hacer las sillas de madera del antiguo Teatro Olaya... el viejo edificio agonizaba.

Todos los chicos estaban allí, y desde el costado occidental del parque, miraban con ojos atolondrados hacia el frente, como quien mira hacia el futuro. Ninguno había pisado jamás la sala de un teatro. Habían jurado que de ese día no pasarían, que todos juntarían el dinero para que, por lo menos uno de ellos, entrara al fastuoso teatro. Proyectaban *Colt 45*, una película de vaqueros protagonizada por Randolph Scott, Ruth Roman, Zachary Scott y Lloyd Bridges.

Los jóvenes del pueblo soñaban con ser como Randolph Scott; ese hombre viril, apuesto, de mentón cuadrado, mirada penetrante, que se batía a duelo rescatando a damiselas en peligro, saludando desde el lomo de su caballo con un movimiento de cabeza, mientras con la mano derecha tomaba el ala del sombrero y sostenía las riendas con la izquierda. Scott representaba la figura del vaquero rudo que conquistó el lejano Oeste, que se enfrentó con indios, con bandoleros, con ladrones de diligencias, que perseguía trenes, que se agarró a trompadas con tozudos criminales, que aprovechó la fiebre del oro para cazar fortunas o para impartir justicia. Poco o nada sabían

los chicos sobre la vida real y privada de ídolo; durante mucho tiempo se rumoró que en realidad era el amante de otro actor de viril presencia, también ícono de la férrea masculinidad estadounidense: Cary Grant. Al parecer se conocieron en el set de la película “Sábado de juerga”, en 1939, y cupido los llevó a vivir juntos de inmediato. Compartieron techo y lecho durante muchos años, pese a que los estudios cinematográficos, preocupados por la imagen masculina de su ícono, obligaron a Cary Grant a contraer cinco matrimonios; pero los biógrafos aseguran que, hasta su muerte, el verdadero amor de su vida siempre fue Randolph Scott.

Esas noticias amarillistas no llegaban a El Líbano o, sencillamente, no importaban. Los chicos pusieron en el suelo sus ahorros; monedas de centavo fabricadas en bronce y en cobre. Las contaron y confirmaron: solo alcanzaba para una entrada; entonces, como quien se alista para un duelo en el viejo Oeste, dieron cinco pasos hacia la calle, Dayro González trazó con el pie una raya sobre la tierra, y todos empezaron en turno a lanzar una pequeña moneda: ¡Quien

quede más cerca de la pared, gana! El elegido tendría el privilegio de ingresar, por primera vez en su vida, al hermoso Teatro Andino y ver de cerca a Randolph Scott. Ganó Rodrigo. Cruzaron de prisa el parque y lo despidieron agitando las manos, con un curioso sentimiento, como quien despide a un marinero que sube a un barco, o como quien contempla la partida definitiva de un ser querido.

Cayó la noche. Ninguno se fue. Todos querían esperar para que Rodrigo les hablara de la magia del cine. Adentro del teatro, el chico se sentó maravillado, escuchó la música, que ya no era en vivo y en directo, como en tiempos de antaño. Un narrador presentó los créditos, hizo algunos anuncios. Se apagaron las luces. Rodrigo miró la pantalla sin parpadear; sus mejillas regordetas se curvaron mostrando dos enormes hoyuelos. La figura de Randolph Scott, en el papel del traficante de armas Steve Farrell, llenó la pantalla por completo. Rodrigo sonrió emocionado, primero un ligero movimiento de su boca, luego una risa nerviosa, pero la emoción se le atravesó en el estómago y comenzó a reír... un maremágnun de carcajadas y

de felicidad, mientras el brillo de la pantalla le iluminó su rostro.

El ojo ávido empieza a escudriñar los 24 fotogramas por segundo que generan la ilusión de movimiento; luego el asombro y el chico no tiene la menor idea de que está presenciando un milagro; el milagro que iniciaron, en 1884, los hermanos Lumière, en una villa portuaria de Provenza, en Francia, cuando proyectaron durante 46 segundos la primera película para el público; *La Sortie de l'usine Lumière à Lyon*.

...

Los primeros exhibidores de cine llegaron a El Líbano unos años después de la Guerra de los Mil Días, cargando a lomo de mula sus generadores portátiles de energía y los proyectores de manivela para presentar las películas de cine silente, más conocido como cine mudo. Cuentan que las proyecciones de cine empezaron en el quiosco de misiá Heliadora Ariza, sobre una sábana templada; luego se hicieron más frecuentes y requirieron de espacios más amplios,



así que los empresarios terminaron proyectando en el parque o estacionándose en los mismos lotes que ocupaban las ferias ambulantes, o en los corrales improvisados donde se hacían corridas de toreros bufos o algún circo itinerante con ávidos trapeceistas. Eran los tiempos de la asombrosa magia del cine mudo, hombres y mujeres miraban el techo de las carpas llenas de retazos y carcomidas por la polilla, soñando con un mundo de constelaciones delirantes, como si mirando el techo de las carpas, pudieran adivinar las estrellas.

El cine silente se grababa a menor velocidad que el cine actual, entre 12 y 16 fotogramas por segundo, y como los proyectores eran de manivela, le entregaban, a veces, al operario, un manual de cada película en el que se daban orientaciones sobre la velocidad a la que debería rotar la manivela. Los personajes daban pequeños brinco sobre la sábana templada que hacía las veces de pantalla, saltos visuales que producían una curiosa sensación de rapidez. La primera película que llegó a El Líbano se proyectó en un día de mercado, el sábado 14 de junio de 1913, e inició un

apasionante frenesí de habitantes que esperaban durante semanas a que apareciera el equino por la curva de la carretera, cargando el proyector. Apenas se veía la mula asomar por el camino de herradura, la banda municipal empezaba a tocar, y no paraba de hacerlo hasta finalizar la película, pues la música en vivo se usaba para disimular el molesto ruido del proyector.

Poco a poco fueron apareciendo los salones para proyectar cine: La Deportiva, La Estrella; y con los salones llegaron los empresarios de las exhibiciones, y con las exhibiciones públicas también llegaron los problemas: La censura de la Iglesia no se hizo esperar y, por todo el país, fue común que los miembros del partido conservador obligaran a los exhibidores a mutilar el celuloide y quitar las peligrosas escenas que amenazaban con corromper la moral de la nación, una nación que aún tenía vivo el recuerdo de la Guerra de los Mil Días y que en el siglo XIX pasó por nueve guerras nacionales y 54 conflictos regionales. Una curiosa nación, que en medio de tanta sangre, parecía no soportar la aparente crudeza de algunas escenas en las que un personaje le clavaba un cuchillo

a otro por la espalda, o dos enamorados se miraban con pasión mientras hacían el ademán de querer juntar los labios: ¡Corten!

- “¡Inmorales y perversos!” Gritaba desde el púlpito el padre Mariano Mosquera a los empresarios del Cine América, y advertía a la comunidad, por el periódico La cordillera, sobre los peligros de ese invento demoníaco, con películas inmorales que ofenden el pudor de las damas decentes de la parroquia y amenazan con corromper a la juventud con distracciones libertinas.

Ya era demasiado tarde. El cine se había convertido en el espectáculo que aún hoy, llena escenarios y teatros. Las mentes liberales del pueblo hacían fila para entrar a ver la película y muchas mentes conservadoras se escurrían a hurtadillas: todos se dejaban tentar por la magia del cinematógrafo e ingresaban a los salones aprovechando las calles oscuras de ese pueblo que aún, no contaba con alumbrado público. Extasiados ocupaban las sillas de los improvisados palcos y se asombraban viendo a los personajes

de “La sortija fatal” y la “Doble aventura”, mientras en otras ciudades, la iglesia censuraba películas como “Nuestra señora de París”, “Los primeros rastros de la edad”, “La vida trágica”.

El fervor por el cine fue de tal magnitud en la pequeña aldea de las siete montañas, que un grupo de empresarios de origen antioqueño y de mente liberal, liderados por Carlos Arturo Sanín Restrepo y el hacendado Leónidas Arango Tamayo, reunieron a varios socios locales y cometieron la osadía de crear la “Sociedad Fílmica del Tolima s.c.”, aventurándose a filmar una película, “Los amores de Quelif”, cuyos créditos aparecían sobre una imagen de las nieves perpetuas del Nevado del Ruiz, pintado a mano en un cartón, y en las que figuraban el nombre del guionista y director; precisamente don Carlos Arturo Sanín, y como protagonistas; Luis Valderrama, Carlota Jaramillo (esposa del hacendado coproductor), Carlota Garay Correa y Dilia Arango, junto a un grupo de actores de reparto venidos de varios rincones de la aldea, como Manuel Palacios (Volantín, un torero bufo que divertía a los pobladores en las improvisadas

ferias y corridas de toros), Joaquín Piñeros Suarez (un dentista que tenía su consultorio sobre la calle Real), Félix María Pava (un fotógrafo y profesor, seguramente del colegio fundado por el propio Isidro Parra con el apoyo de la institutriz Susana Angarita, o tal vez del Colegio Inmaculado Corazón de María, de las hermanas Fanny y Clara Hartmann), el tigua Benjamín Marulanda, Luisa Garzón, Irene Lobo Guerrero, Alicia Vélez Trebilcock, Horacio Echeverry Parra, entre otros.

La película se estrenó en 1928, en el Salón Olympia, e inició su periplo de exhibiciones en varios poblados, recibiendo aplausos y burlas e improperios de todo tipo; su única copia se quemó en alguna sala perdida en las montañas de Antioquia dejando, como vestigio para la posteridad, sólo unas notas de prensa que ubican a El Líbano en la historia de la cinematografía nacional.

Durante más de dos décadas, el cine silente resistió la censura de la iglesia, la pobreza de los habitantes que se convertían en deudores morosos de los improvisa-

dos palcos y a quienes, forzosamente, se les negaba el ingreso porque adeudaban el costo de más de tres exhibiciones. Los empresarios resistían a fuerza de empeño y coraje; pero ese temple llegó a tambalearse cuando, en el Cine América, tuvieron la genial idea de exhibir películas para recaudar fondos y construir un cementerio laico y una imprenta liberal. Eso sacó de quicio a los conservadores, que consideraron una afrenta el carácter político liberal de esta empresa y publicaron una nota en La Cordillera pidiendo a todos sus seguidores que dejaran de asistir a los eventos; nota que cerraba de manera pomposa y melancólica:

“Sentimos verdaderamente que esta empresa haya tomado ese carácter, pues nosotros forzosamente tenemos que abstenernos de asistir a sus funciones, continuando por consiguiente con esta vida monótona, llena de tristeza que tanto nos abruma”

Los habitantes del municipio siguieron asistiendo a ferias, a circos, a las exhibiciones de cine mudo, completando en su imaginación la articulación de las palabras, mientras el mundo se recuperaba de los de-

sastres de la Primera Guerra Mundial y entraba en la terrible recesión económica de los años 30. En 1927 se proyectaba en Nueva York “El Cantante de Jazz”, la primera película que incorporaba sonido sincronizados.

Desde el momento en que se pudieron imprimir los sonidos en discos de huellas sonoras, se inició la carrera por juntar imagen y sonido. Con este enorme logro del entretenimiento, los asistentes al cine podían disfrutar de los diálogos, conocer la voz de sus actores favoritos, emocionarse con el sonido de disparos, de puertas que se abrían y cerraban, de actrices que gritaban pidiendo auxilio, de orquestas que amenizaban las fiestas donde dos amantes bailaban al compás de la música. Una nueva época nacía y otra agonizaba. Destinados al olvido quedaron los improvisados corrales, la ferias itinerantes, las añejas cintas de cine silente que ya nadie quería ver, los viejos proyectores de manivela que, en otros tiempos, reflejaron con su haz de luz el universo sobre una sábana blanca templada en el quiosco de doña Heliodora Ariza, las memorias de los viejos guerreros, las aventuras de los empresa-

rios Jadet, Mustafá & CIA, unos viejos fotogramas, restos de celuloideos quemados, el recuerdo de los rostros pálidos de Chaplin y Buster Keaton.

En 1941, el cineasta español Máximo Calvo, filmó en Cali la primera película sonora colombiana. El guion mostraba a las actrices Esperanza Calvo y Delfina Calvo, interpretando a una madre de origen campesino (Rosa de la Peña), que trata, infructuosamente, que su hija (Luisa de la Peña) sea aceptada por la sociedad caleña. Esta película fue la estocada final para el parsimonioso funeral del cine mudo en Colombia. Paradójicamente, como quien manda flores al cementerio, como quien envía coronas con gladiolos al velorio del cine silente, esta primera cinta sonora colombiana se llamó Flores del Valle.

...

Rodrigo salió como atontado. Su cerebro aún no se reponía de la experiencia. Era ya muy noche y, sin embargo, el grupo de chicos lo esperaban. No se movieron del sitio cuando empezó a narrarles la



película. Randolph Scott interpreta a Steve Farrell, un comerciante de armas que arriba al poblado de Red Rock para tratar de vender un par de revólveres de repetición, con tambor giratorio, lo último en guaracha del oeste: sus Colt 45. Un forajido, Jason Brett (interpretado por Zachary Scott), que es trasladado a prisión, le roba las armas y sale disparando, asesina al alguacil y comete una serie de delitos de los que acusan injustamente al comerciante, que es detenido y luego liberado por falta de pruebas. Steve inicia una persecución para dar con Jason, recuperar sus armas y su buen nombre.

Los chicos miraban asombrados. Los oídos atentos no querían perder ningún detalle. Tenían tantas preguntas: cómo era la sala, los asientos, qué pasaba cuando apagaban la luz, cómo era la actriz principal, la pelinegra de cabellos de azabache Ruth Roman. ¿Había algún romance? ¿Muere el villano? ¿Cómo se ve la imagen? ¿Los actores se ven de tamaño natural o son más grandes? Rodrigo estaba abrumado con tantas preguntas.

A la mañana siguiente aún hablaban del tema y el profesor Tobón tuvo que regañarlos. En castigo los sacó del salón y los mandó al centro del patio, bajo el sol, y aún allí, seguían hablando. Todos esperaban la llegada de la próxima película. Prometieron no gastar lo poco que tenían para el recreo y ahorrar para la boleta.

En el parque central, las niñas entraban a la heladería y los chicos las observaban desde las bancas, con la boca derretida, como algodón de azúcar, por Elisa Carbonell y Carmen Perdomo; pero ninguno se atrevió a acercarse y gastar un solo centavo; todo debía ser ahorrado para la próxima película. Otras niñas, Marina, Teresa y Angélica se acercaron a escuchar la conversación y los chicos presumieron de haber entrado al cine. Todos y cada uno de los miembros del grupo se irguieron con orgullo contando las hazañas del vaquero Farrell y el forajido Jason. Las niñas observaban incrédulas. Del grupo de chicas que conocían, sólo dos habían podido ingresar al cine. Todas estaban maravilladas y los muchachos contentos con la hazaña. Prometieron encontrarse a la semana siguiente para hablar de las películas.

El tiempo fue pasando y la suerte fue cambiando de mano en mano. El turno para ingresar al cine fue jugado a los dados, al cara y sello, con el trompo, con las canicas, con la coca. Ya habían logrado entrar al cine Jorge Eliécer Pardo, Hayden González y Germán Arango. La popularidad de los chicos iba en aumento. Al día siguiente de la exhibición de las películas, compañeros y amigas se reunían para escucharlos hablar de sus aventuras en el teatro. Elisa y Carmen no tenían permiso para sentarse en el parque del pueblo con los muchachos, y miraban curiosas el grupo cuando paseaban con sus padres. Ellas eran de las pocas familias que tenían los recursos suficientes para entrar al teatro en cada exhibición.

Una tarde, antes de la función de matiné, sucedió algo que cambiaría el curso de la historia del grupo. Le tocó el turno a Carlos Orlando Pardo. Suspiró aliviado porque llevaba semanas encomendándose a la Virgen del Carmen, a Allan Kardec y los espiritistas, a todos los mártires del santoral católico y a los que aún no habían sido canonizados, a la memoria del general Isidro Parra; se encomendaba a quien pasaba

por su cabeza, para que pronto le tocara el turno de ir al cine... y ese fue su día.

En el teatro Andino exhibían “El regreso del forajido”, protagonizada por Randolph Scott como Vance, Robert Ryan en el papel de Sundance Kid y Anne Jeffreys interpretando a Cheyenne. La película era dirigida por Ray Enright y escrita por Charles O’Neal y Jack Natteford.

Carlos Pardo sentía palpar su corazón cuando entregó la boleta y se dirigió, decidido, a la primera fila de sillas. Quería ver la película lo más cerca posible. Sentía que amaba las cintas de vaqueros, pese a que, hasta el momento, no había visto ninguna. El cine de vaqueros tuvo una época de oro que arrancó con La Diligencia, en 1938, el primer gran western que muchos seguidores del género consideran la mejor película de la historia, arrebatándole el honor a El Ciudadano Kane.

Carlos Orlando observó en silencio cuando inició la película. Sus ojos seguían cada movimiento de los

actores y no perdían el más mínimo detalle. Como quien lo considera su deber, memorizaba cada línea, los diálogos, los momentos culminantes de la cinta. Al salir le esperaban sus amigos del otro lado del parque principal, bajo los nogales del costado del Café Águila. Carlos Pardo empezó a narrar la película a las 7:45 de la noche, y a las 11 de la noche no había concluido. Los padres de los chicos pensaron que algo les había sucedido y los fueron a buscar, solo para terminar sentados en los bancos, junto a sus hijos, admirados también de escuchar la narración.

La película relataba la creación del estado de Oklahoma y cómo el gobierno organizaba carreras de caballos en las que el premio era una porción de tierra para el ganador; de esta manera se incentivaba la colonización de las fronteras y del salvaje Oeste. El ganadero Vance Cordell viaja con la esperanza de participar en la carrera y conseguir un terreno donde asentarse y levantar un nuevo banco; pero debe enfrentarse al forajido Bill Doolin, que quiere ganar para sí la parcela de tierra y, además, robarse las cajas de ahorro de los habitantes del pueblo y de los granjeros de los

alrededores; para lo cual ha reclutado algunos de los bandoleros más conocidos de la historia como Sundance Kid, Billy the Kid y los hermanos Dalton.

En la película original, la carrera era una secuencia que no alcanzaba a durar un minuto y, sin embargo, en la película narrada por Carlos Orlando, la secuencia duró cerca de 24 minutos y fue descrita con total precisión: el sonido del disparo de largada, el rostro rubio y de mejillas rosadas del niño que miraba por entre las cercas, el relincho de una yegua sudorosa al pasar cerca de Rocino, que fue el nombre que le puso al caballo del protagonista; del que dijo, tenía un cuarto trasero bien formado, era de un color alazán cobrizo que dejaba ver el origen lusitano del animal que respiraba agitado presintiendo la difícil faena que le esperaba contra Destino Fatal y Azabache, los caballos del forajido Bill y de Sundance Kid, respectivamente. Uno a uno fue bautizando cada animal, sin el menor deseo de confesar que sus nombres, no estaban en el libreto original. Babieca, Palomo, Bucéfalo, Incitatus, Genitor, eran nombres que iban brotando de su boca, haciendo homenaje a los grandes equi-

nos de la historia. Las patas sudorosas, los pañuelos amarrados al cuello de los vaqueros que se aferraban fuertemente con sus muslos al lomo del caballo, el movimiento de las crines, un tronco atravesado en la llanura y que algunos no pudieron sortear, incluidos Babieca y Azabache, el caballo que montaba Sundance Kid y que se rompió una pata derecha y tuvieron que sacrificarlo. Esa funesta muerte tampoco estaba en el guion original, pero todos alcanzaron a sentir tristeza por la bestia sacrificada.

La película duraba dos horas, pero el relato de Pardo duró casi cuatro horas. Su historia tenía múltiples ventajas; para empezar, no había censura; así que inventaba damiselas que suspiraban por el protagonista, y hasta escenas de curioso erotismo, como la de uno de los Hermanos Dalton, que no llegó a la carrera porque al pasar por un granero, sus ojos marrones fueron cautivados por los ojos azules de una rubia que, sentada en un pequeño banco, con la falda y el cabello recogido, ordeñaba una vaca. Pardo describió con detalle, hasta el peinado de la rubia e intercaló con éxito el relato de la carrera, con la libidinosa



escena del granero. No hace falta decir que dicha escena tampoco fue filmada en la película original, pero todos querían saber el resultado de la carrera y lo qué pasó con la rubia. Carlos Orlando salió al paso comentando que, en la película, se ve a la rubia salir por la puerta del frente, acomodándose el corsé y los pantalones bombachos de hilo y el cabello despeinado, mientras el vaquero sale por otro costado ajustándose el cinturón. Todos pasaron saliva mientras Pardo afirmaba: “No digo más, porque no es de caballeros comentar esos temas”.

Los minutos transcurrían vertiginosos mientras Carlos Orlando narraba balaceras, emboscadas ficticias, heridas mortales que arrancaban tremendos lagrimes, miradas subrepticias de mujeres que, desde las ventanas, suspiraban por los vaqueros a punto de morir; incluso cuatro de las personas que estaban entre el público, sacaron sus pañuelos para limpiarse las lágrimas que les provocó la muerte de dos amigos de Vance Cordell, que habían llegado a Oklahoma para acompañarlo y que habían prometido a la madre de Cordell no abandonar a su amigo, a quien conocían

desde niños. Su sacrificio no fue en vano, porque allí, cerca al monumento del general Isidro Parra, en un pueblo perdido entre siete colinas, grandes y chicos lloraban con ternura la muerte de estos vaqueros, que jamás estuvieron en la cinta original.

Carlos Pardo era solo un muchacho, y no sabía con exactitud la forma que tenía el estado de Oklahoma, pero con un palo se atrevió a hacer un dibujo sobre la tierra y ubicó poblados, señaló los puntos de las emboscadas y hasta el badén de agua donde se detuvieron a beber los caballos, justo antes de que Vance Cordell sentenciara a muerte a Billy the Kid, al retarlo en un duelo. Dándole la espalda al sol, Cordell miraba fijamente a The Kid, que entrecerraba los ojos por la luz que le estorbaba, mientras mascaba su tabaco. Las piernas separadas en escuadra, las rodillas flexionadas firmemente, las botas texanas de punta, una a 30 centímetros exactos de la otra, las manos entreabiertas y cerca a la cacha nacarada de sus pistolas. Cordell inflaba el pecho y gritaba a su oponente: “¡Dispara tu primero maldito Billy!” La película no contenía esa escena, pero fue incorporada en el relato

con tal perfección que aún hoy, Carlos Orlando opina que fue un error que los productores no incluyeran ese duelo en el guion original.

Las siguientes semanas fue habitual que los muchachos del colegio Isidro Parra, rodearan a Pardo en el recreo para escucharlo contar las películas. Desde los estrenos de *La Verdadera Historia de Jesse James* (de Nicholas Ray 1957) o *Río Bravo* (de Howard Hawks 1959), el género del western americano no vivió momentos más grandes de gloria que allí, en el soleado patio de la institución educativa.

Se acercaba el cumpleaños de Alejandro Salazar y de regalo, el homenajeado le pidió a su papá, Abraham Salazar, el sastre del pueblo, que lo invitara a cine con sus amigos; querían ver la maravillosa película que contaba Carlos Orlando. Los ocho se encontraron a las afueras del Teatro Andino. Don Abraham compró helados para toda la bandola de muchachos, palomitas de maíz y refrescos. Se acomodaron también en la primera fila. Rieron con las ocurrencias de Pardo. Al principio pensaron que el párroco de la iglesia había

censurado la erótica escena del villano y la rubia en el granero; les hizo mucha falta el duelo con Billy `the Kid`, y el sacrificio del caballo de Sundance Kid. Los detalles del relato de Pardo no se comparaban con lo visto en la película. La magia del cine fue palabra.

Al salir se sentaron en su esquina favorita del parque. Reían sin parar, comentaban las escenas, los momentos dramáticos, el suspenso y la acción, pero todos estuvieron de acuerdo al afirmar que la película era mejor cuando la narraba Carlos Orlando. De una manera casi fatalista, Germán Arango insinuó que era mejor sacarse los ojos y sentarse a escuchar los relatos de la boca de Pardo, que entrar a cine. Todos en el grupo se echaron a reír con la ocurrencia de Arango; todos... menos Manolo Pineda.

...

La violencia arreciaba. Liberales y conservadores se asesinaban por todas partes. La sangre de esta patria doliente se esparcía por las montañas, por los ríos, por las veredas. Colombia llevaba 150 años en guerras perpetuas. La muerte no daba tregua.

Los niños parecían no darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Carlos Orlando se había vuelto el narrador estrella del colegio y el chico que más entraba a ver películas. En el grupo de amigos, los hermanos González Ávila y Alejandro Salazar, habían decidido que, si ganaban el turno para entrar a cine, lo cedían a Pardo, sólo para tener el placer de escucharle narrar su particular versión de la película.

Manolo Pineda lo miraba con envidia y recelo; se mordió los labios cada vez que lo vio entrar a cine, y se los volvía a morder cuando le escuchaba contar las historias de grandiosas películas protagonizadas por Jhon Wayne, Henry Fonda, Gary Cooper, Lee Van Cleef, Gregory Peck, Barbara Stanwyck, Peggy Steward, Nancy Gates y Joan Evans. Manolo nunca había tenido suerte, ni en el estudio, ni en el amor y, fuera de la tarde de matiné del cumpleaños de Alejandro, tampoco había podido ingresar al cine.

Seguramente por eso, el día en que ganó su turno para entrar al cine, recogió los centavos de todos, y sin mirar atrás, como rumiando su revancha, se di-

rigió resuelto a la taquilla. Por los parlantes que se ubicaban afuera del Andino, Alejandro Moreno anunciaba la función vespertina: “No se pierdan esta enorme película; Gángsters contra charros, protagonizada por Juan Orol, Rosa Carmina, Roberto Cañedo y José Pulido. Compren sus boletas antes de que se agoten. La película ¡Es mexicana y con eso basta!

Alejandro Moreno había sido también operador del Teatro Olaya y, desde entonces, hizo famoso en el pueblo ese estribillo que exaltaba la Edad de Oro del cine mexicano: ¡Es mexicana y con eso basta! Una década atrás, con el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, en Europa y los Estados Unidos empezaron a escasear los materiales necesarios para las grabaciones; se racionaba la celulosa, algunos actores fueron convocados a la milicia, la gente ya no llenaba las salas y como una manera de mantener el interés por el arte de la gran pantalla, las productoras de Hollywood empezaron a hacer películas de guerra que inflaban el patriotismo ciudadano y pasaban cortos noticiosos sobre las victorias en los distintos frentes de batalla. Fue entonces que la industria

cinematográfica mexicana creció. Los productores ensayaron nuevos materiales, jóvenes actores, integraron la música popular a las tramas, mujeres de belleza latina y charros de potente voz como Jorge Negrete, Antonio Aguilar y Pedro Infante. México no sólo dominaba el mercado sino que alcanzó los primeros logros importantes para películas latinoamericanas en el mundo.

Emilio “El Indio Fernández”, se convirtió en el director más premiado del momento, llenando de prestigio al cine mexicano; sus películas *María Candellaria* y *La perla*, recibieron varios premios nacionales e internacionales. La primera recibió el Premio del Grand Prix del Festival de Cannes, en 1946; la segunda fue galardonada con el Globo de Oro de la industria filmica estadounidense. Nunca antes, una película hispana había recibido tal reconocimiento.

Mientras Hitler se recuperaba del fallido golpe de estado de Austria, en 1934, y se preparaba para romper el tratado de Versalles y anexar ese país al territorio alemán, en México se filmaba “Allá en el Rancho

Grande”, la película que los críticos consideran inició la era de oro del cine mexicano. Los estudios y productoras de cine del país manito, se hicieron cada vez más grandes y célebres: CLASA Films, Mier y Brooks, FILMEX, Films Mundiales, Cinematográfica Calderón, Películas Rodríguez, entre otras.

A los actores mexicanos les llovían propuestas para protagonizar cintas de muchos temas. Además de los grandes intérpretes del folclor mexicano, fue también la época de figuras como Tito Guízar, Esther Fernández, Arturo de Córdova, Abel Salazar, Agustín Lara, Blanca Estela Pavón, Cantinflas, Clavillazo, Dolores del Río, Elsa Aguirre, Evita Muñoz, “Chachita”; Germán Valdés, “Tin Tan”; los hermanos Soler, Ignacio López Tarso, Joaquín Pardavé, María Félix, Pedro Armendáriz, “Resortes”, Silvia Pinal, Sara García y muchos más.

Así como en las calles de El Líbano se encuentran escritores en cada esquina, en México triunfaba una pléyade de directores de la talla de Raúl de Anda (El Charro Negro), José Bohr, Arcady Boytler, Julio



Bracho, Juan Bustillo Oro, René Cardona, Miguel Contreras Torres, Alfredo B. Crevenna, Juan Orol, Miguel M. Delgado, Fernando de Fuentes, Chano Urueta, Joselito Rodríguez, entre otros. Directores como el español Luis Buñuel, emigraron a México para aportar sus conocimientos y grabar su más afamada película; *Los olvidados* (1950). Algunos críticos opinan que fue el filme que cerró la edad dorada mexicana.

Esa época dorada llegó a contar con más de 200 directores, productores y guionistas. El cine mexicano creció, como un enorme globo, y se fue desinflando poco a poco con la llegada de la televisión. Los tres canales de la época (XHTV-Canal 4, XEWTV-Canal 2 y XHGC-Canal 5) se unieron para formar el Telesistema Mexicano. En la mayoría de los hogares se contaba con un televisor. Por su parte, en los Estados Unidos, la industria cinematográfica ensayaba novedades tecnológicas que le permitieran resistir el embate de la televisión, que anunciaba una debacle mundial. Nacieron las pantallas más anchas, el cine en tercera dimensión, mejoramiento del color, sonido estereo-

fónico. Los costos de esa tecnología eran muy altos para el país centroamericano y la época dorada llegó a su fin.

Y allí estaba sentado en el teatro, Manolo Pineda, rumiando su venganza. La guerra mundial había acabado, pero *La Violencia* en Colombia se hallaba en su apogeo y él estaba en pie de lucha. Le parecía inadmisibles que Carlos Orlando Pardo fuera tan popular; no era más que el hijo de un liberal gaitanista, un revoltoso que se ganaba privilegios hablando bonito. La envidia lo carcomía por dentro. Cuando terminó la película salió del teatro, atravesó el parque y se aproximó a la bandola; miró a todos y con una sola bocanada de aire, declaró:

- “El asunto es muy simple. Se trata de un gánster, Jhonny Carmenta, que llega a un pueblo donde vive Pancho Domínguez, apodado El Charro del arrabal, que tiene una novia de nombre Rosa. Se inicia un conflicto por la muchacha y al final hay una plomacera la berraca. Eso es todo. Fin de la historia”
- Y se fue, dejando a los chicos perplejos, sin consideración por las dos horas de espera, y peor aún, sin el menor respeto por la edad de oro del cine mexicano.

Lo vieron doblar la esquina mientras mascullaban con rabia — ¡El tal Manolo es un desgraciado! ¡Mí-nimo el papá es godo! — A lo lejos se escuchaba la voz de Alejandro Moreno repetir: “No se pierdan esta monumental película; Gángsters contra charros ¡Es mexicana y con eso basta!”

...

La vida siguió su curso normal en medio del conflicto y la muerte. Por la carretera central se veía a familias enteras despedirse, huyendo de La Violencia. La policía conservadora mataba liberales a su antojo. Las guerrillas liberales respondían con fiereza. Desde el púlpito anunciaban que matar liberales no era pecado. El miedo se apoderaba de la gente. Por la radio llegaban noticias sobre ríos de sangre y cuerpos desnudos y mutilados que bajaban por el Magdalena.

Los chicos continuaron por unos meses más, impasibles, riendo, hablando de las grandes películas del cine negro norteamericano. La vida para ellos no tenía mayores sobresaltos, hasta esa mañana en que

fueron sorprendidos por la voz de Elisa Carbonell. Estaba parada junto a ellos y preguntó: —“Hola ¿van a ir al matiné de ésta tarde? Pasan Ben-Hur”.— Todos se quedaron mudos observando junto a ella a Carmencita Perdomo, la niña más linda que jamás conocieron, con su cara redonda, sus ojos de un curioso color violeta que recordaban a la bella Elizabeth Taylor, un par de colitas a los lados que dejaban caer el pelo como cascadas doradas, y los bellitos de sus brazos y piernas, que parecían la pelusita suave de un durazno colorado. No había niña más hermosa en el universo. Si los ángeles tuvieran rostro, seguro sería el de Carmencita Perdomo.

Todos contestaron que irían a cine, que por supuesto, que nunca se perdían las funciones. Las vieron tomar rumbo a la heladería, no sin antes prometer que el domingo, regresarían puntuales para charlar de la película. Los chicos estaban en serios problemas. El caso era de vida o muerte.

Rápidamente hicieron un círculo, vaciaron sus bolsillos y lo pusieron todo en el centro: un trompo con la punta roma, una coca vieja astillada, un pedazo de



caramelo, dos gomas de mascar, cuatro canicas de colores, una docena de botones redondos que hacían las veces de prisioneros de guerra en sus fantasías, siete monedas de uno y dos centavos, cuatro palitos de paleta que hacían las veces de soldados. La cosa estaba grave. No alcanzaba ni para media boleta.

No era el momento de fallar. Cada uno tomó sus tesoros y salieron a venderlos para lograr reunir lo de una boleta. Al cabo de un rato regresaron victoriosos; habían juntado dos pesos con cincuenta centavos. Alcanzaba para una boleta, sin helados ni palomitas, sin refrescos. No importaba la sed o el hambre. El caso era de vida o muerte. Se trataba de salvar el honor. Habían prometido que nunca contarían a nadie lo pobres que eran y, durante meses, habían presumido en el colegio su presencia habitual en el Teatro Andino. No podían fallar y mucho menos tratándose de Elisa y Carmencita.

Decidieron jugar su destino a quien sacara la pajita larga. Alejandro tomó los palitos de paletas y los trozó de diversas maneras con la mano. Los extendió ner-

vioso para que sus compañeros escogieran. Rodrigo sacó el corto, y Hayden, y Germán, pero Dayro sacó el largo. Empezó a saltar de un lado a otro feliz; sería su oportunidad de hablar con Carmencita, gritaba de alegría, brincaba sin cesar. De pronto se detuvo, reflexionó y dijo: -Yo creo que esta tarde debo trabajar con mi papá. Mejor repitamos y yo no participo. Todos sabían lo que pasaba en realidad. Necesitaban que Carlos Orlando ganara el juego.

Alejandro retiró uno de los palitos y volvió a estirar el brazo tembloroso. La suerte estaba echada y en el primer intento, Rodrigo sacó el palito largo. Su corazón dio un vuelco de emoción, pero alcanzó a ver a todos bajar la cabeza. En el fondo sabían que Carlos Pardo era el único soldado apto para esta terrible misión de guerra; pero no decía nada por temor al Manolín, que había puesto casi la mitad del dinero. Rodrigo sentenció: -Esa película termina como tarde y luego mi papá me regaña. Jueguen de nuevo.

Uno a uno fue inventando excusas. Al final, solo quedaban Carlos Orlando, Jorge Eliécer y Manolo

Pineda. Alejandro estiró nuevamente el brazo. Jorge Eliécer tembloroso, sacó un palito corto. Los demás suspiraron aliviados. Manolo y Carlos Orlando se miraron fijamente. Se pusieron de pie. Entrecerraron los ojos por que el brillo del sol les molestaba. Ninguno parpadeaba. El brazo de Alejandro continuaba extendido mientras Manolo y Carlos, sin dejar de mirarse, remojaban con la lengua sus labios secos por la espera. Manolo exclamó –“Dele Caliche, adelante”. Carlos Orlando miró fijamente a todos tratando de encontrar alguna señal que le permitiera saber cuál de los dos palitos de paleta era el que marcaba su destino. Ninguno de los chicos respiraba. Carlos le contestó: - “Yo no me rajó Manolín. Estoy firme, pero le cedo el honor”-. Manolo estiró la mano y todos los chicos contuvieron el aliento durante la fracción de siglos que tardó la mano en escoger, justo, el palito largo. Manolo sintió que tocaba el cielo. Carlos Orlando agachó el cabeza decepcionado y no hizo falta que se miraran los unos a los otros para saber que estaban perdidos.

No hubo muchas deliberaciones ni hicieron falta mayores consultas, ni votaciones, ni grandes debates.

Allí, en pleno parque del pueblo, se gestó un silencioso levantamiento popular y se dio el golpe de estado más rápido de la historia. El mensaje que recibió Manolo fue claro: no lo querían a él en el teatro, querían a Pardo. Se necesitaba un férreo y astuto comandante. La delicada labor requería la pericia y la filigrana de Carlos Orlando. Manolo se retiró ofendido, no sin antes llevarse la parte de su dinero. Faltaba una hora para la función y estaban como al principio, sin plata para la boleta.

Alejandro propuso la solución y todos fueron a la sastrería de don Abraham Salazar, quien escuchó divertido lo serio de la cuestión. -Necesitamos a Pardo papá- alegó Alejandro, y todos asintieron. Era un caso de vida o muerte. Era un asunto serio. Se trataba del honor. La honra de todos estaba en juego. La vida misma estaba en juego. El amor estaba en juego. El sastre sonrió, abrió un pequeño cajón detrás del mostrador de madera y completó el dinero para la boleta. Incluso completó para los dulces y sobando la cabeza de Carlos Orlando, declaró: -Quién quita que algún día mijo escriba películas o hasta novelas-



CINEMATOGRAFICA DERBY
presenta

LA OBRA MAESTRA DE JOHN FORD



UNA SUPERPRODUCCION EXTRAORDINARIA
de WALTER WANGER



LA DILIGENCIA

(STAGECOACH)

con
Claire TREVOR · John WAYNE
ANDY DEVINE JOHN CARRADINE THOMAS MITCHELL
LOUISE PLATT GEORGE BANCROFT TIM HOLT



Acompañaron a su comandante con paso rápido. Lo despidieron en la entrada, sin dejarse ver de Carmencita y Elisa. Todo estaba consumado.

A la salida, los chicos llevaron incluso libretas de anotaciones. Escucharon la narración sin interrumpir. Las carreras de coches tirados por media docena de caballos. La soldadesca romana. La mano dura del Imperio. La Judea de los años 30 después de Cristo. La epopeya completa de Ben-Hur. Pardo no paró de hablar durante horas.

El domingo pasaron toda la tarde charlando con Carmencita y Elisa, y se unieron otras niñas más; Marina Arango, Eloísa Gutiérrez, Patricia Rey, María Marta González y Carlota Bermúdez; estaban maravilladas con el relato de los chicos y hablaron sin parar hasta bien entrada la tarde. Al despedirse, Carmen y Elisa se acercaron a los hermanos Pardo y prometieron que se verían al día siguiente allí mismo, en el centro del parque, para compartir los cuatro sus emocionantes relatos de película. Los Pardo tenían su primera gran cita de amor.

Los chicos regresaron a casa y por el camino, Jorge Eliécer y Carlos Orlando iban haciendo planes para ese encuentro. Hasta el momento, ninguno había tenido novia y ellas eran las niñas más bellas del pueblo. Serían la envidia de todos y el Manolo se revolcaría en su propia hiel. Prometieron no intervenir y dejar que ellas escogieran quien sería el novio respectivo.

Cuando llegaron a casa vieron el camión de su padre estacionado, y a su madre y sus hermanos subiendo todos los muebles. La Violencia había tocado su puerta. Dos amigos de su padre habían sido asesinados y los homicidas le dieron 24 horas para abandonar el municipio.

Trepados sobre los muebles, en la parte de atrás del camión, Carlos Orlando y Jorge Eliécer miraban el pueblo desaparecer entre las sombras. No pudieron cumplir la cita que les deparaba el amor y jamás volvieron a ver a Carmencita y a Elisa.

Carlos Orlando Pardo tiene ya 75 años. Lejos quedaron las grandes películas de vaqueros, el cine mexicano, los gánsters. En 1987 murió su ídolo de la ni-

ñez, Randolph Scott, quien se retiró del cine después de filmar su última película, en 1962; “Pistoleros al atardecer” con Joel McCrea; la historia de dos viejos pistoleros que se asocian para escoltar un cargamento de oro desde las minas de Alta Sierra hasta un banco. El interés del público por los westerns terminó. Los vaqueros partieron llevándose consigo el ideal de justicia, el honor, la solidaridad, el arduo trabajo de la tierra y el valor de la amistad que dura para siempre.

Con la muerte de los vaqueros también agonizaron las salas de cine de los barrios de ciudades y poblados, que no pudieron aguantar el arribo de la televisión satelital, en la década de los ochenta. Uno a uno fue cayendo, como en el largo duelo de “Pistoleros al atardecer”. En Ibagué cerró el Teatro Imperial, el Julio Cesar, el Metropol, El Doral. Mucho antes ya había cerrado el Teatro Avenida y el Cinema Tamaná. En el Líbano, el Teatro Andino fue convertido en una plazoleta comercial, con restaurante incluido. Aún funciona una pequeña sala para video a la que asisten, no más de cinco personas; el Teatro Andino se muere y nadie podrá resucitarlo nunca.



Se perdieron el trompo, las canicas, las cocas de madera, las monedas de centavo, la rayuela del parque. El cine se convirtió en un entretenimiento más. Ya nadie se sienta a contarle a sus amigos lo sucedido en la última película. Ya no se conversa en los parques, sobre charros y vaqueros hasta el anochecer.

Aún hoy, cuando la gente habla de Carlos Orlando Pardo y refieren su historia como escritor; críticos, historiadores y escritores afirman que su primer ejercicio literario fue en compañía de su hermano Jorge Eliécer Pardo, cuando publicaron juntos el libro de cuentos "Las primeras palabras" ... entonces el cielo se oscurece, una nube de polvo se ve en el horizonte, se escucha silbar el viento y el espíritu de Randolph Scott protesta galopando sobre el imaginario caballo Rocino, y vienen a su encuentro los hermanos Dalton, y Sundance Kid, y de una pesada diligencia, sorteando indios y flechas, bajan Alejandro, Rodrigo, Dayro, Hayden, Germán, Jorge Eliécer y hasta Manolo vestido de villano. Don Abraham Salazar, el sastre, observa desde el otro lado del parque y todos miran a Pardo y le reclaman al unísono:

- ¡Pardo! ¡Todos ellos mienten! - Y entonces Carlos Orlando se acomoda el cinturón del pantalón, con la mano derecha corre un poco su gorra y, firme, prepara las palabras que saldrán de su boca como proyectiles de una vieja Colt 45 con cache nacarada... respira profundo y exclama: “¡Dispara tu primero, maldito Billy!”



